

Llegado a la ciudad gallega, revisó minuciosamente las excavaciones hechas, la Cripta, la cueva o transsagrario, la urna, los huesos allí alojados.

Terminada la investigación partió para Roma pasando por Madrid para conferenciar con los peritos arqueólogos del Proceso. Estos fueron de parecer, como lo habían sido los que en Compostela habían intervenido en el asunto, que habiendo sido todo examinado tan cuidadosamente, podía ser muy bien confirmado por el Papa, el Decreto del Cardenal compostelano.

Partió para Roma el Cardenal Caprara: En 1884, el 19 de julio, se reunió la Congregación particular en la sala Vaticana para fallar en el asunto: y los Eminentísimos Cardenales y los Prelados oficiales, después de larga, severa y docta discusión, respondieron: «Afirmativamente» o que debía ser confirmada la sentencia. El Papa la ratificó por medio de un decreto el 25 de julio de 1884, que quiso que se leyese públicamente en la Misa Mayor de la iglesia de Montserrat en Roma. Más aún: Queriendo el Romano Pontífice sellar de una manera definitiva la sentencia pronunciada y comunicar a todo el orbe católico tan fausto acontecimiento, expidió el 1.º de noviembre de 1884 la Bula *Deus Omnipotens*, en que dice textualmente:

«Nos también desaparecidas todas las dudas y terminadas todas las controversias, aprobamos y confirmamos de ciencia cierta y por nuestra propia iniciativa y en virtud de nuestra autoridad, la sentencia de nuestro Venerable Hno. el Cardenal de Compostela sobre la identidad de los sagrados restos del Apóstol Santiago el Mayor y de sus santos discípulos Atanasio y Teodoro y ordenamos que esta sentencia tenga perpetuamente fuerza y valor.»

Conclusión

Terminemos ya resumiendo nuestra impresión.

Parece cierto, repetimos, que los restos de Santiago están en su sepulcro de Compostela. Allí fueron llevados en la época romana. ¿Por qué razón? Ciertamente que no es un argumento absoluto, pero creemos que no carece de fuerza.

Si Santiago había estado en España predicando en ella el Evangelio se explica todo perfectamente. Es natural suponer que sus discípulos, quizás españoles, habían traído a la Patria sus restos mortales.

Si ello no fué así parece quedar incontestada la pregunta.

PARTE SEGUNDA

PADRES APOSTOLICOS

NOTICIA PRELIMINAR

Breve recensión de escritos y de nombres

Señalamos con el nombre de Padres Apostólicos un grupo exiguo de escritores de los comienzos de la Iglesia, todos del primer siglo o principios del segundo, que fueron contemporáneos de los Apóstoles y sus inmediatos sucesores y discípulos.

Son, por ello, el enlace natural en el tiempo y en el espíritu, de la era apostólica con la inmediata posterior, como aquélla lo había sido con la del Fundador del Cristianismo.

El valor y significación de los Padres Apostólicos es por esa causa incalculable, como universalmente se reconoce. En sus escritos alienta el primitivo y auténtico espíritu evangélico en toda su frescura y fragancia incomparable: las costumbres, las acendradas prácticas religiosas, la caridad no vista hasta entonces en el mundo, la oración, los dogmas de los nuevos hombres aparecidos en la humanidad, floración espontánea de la divina religión que venía a transformar la tierra...

Glosando las palabras de un autor (1), podemos muy bien decir que los oreo y vivifica a todos un hálito de sobrenaturalidad tan íntima y confortante que nos vigoriza aun hoy día a la distancia de veinte siglos. Al leerlos nos parece sorprender la vida cristiana de los primeros elegidos; asistir a sus reuniones, a la liturgia sencilla y férvida del día del Señor en las Catacumbas, en Jerusalén o en alguna Iglesia doméstica de Antioquía, de Alejandría o Esmirna.

Apologéticamente son aún de un valor más decisivo.

Al aparecer el insurgente Protestantismo, dió como razón potísima de su apostasía de la Iglesia la pretendida desviación

(1) Daniel Ruiz Bueno, B A C, t. 65, p. 6.

del catolicismo del verdadero evangelio. La Iglesia romana, dijeron, ha traicionado la verdad apartándose del cauce evangélico; hay que volver a él, *remontar de nuevo a las fuentes del cristianismo...*

Herederos de ese mismo espíritu, los protestantes llamados liberales y los racionalistas de hoy se han venido dando con ahinco denodado, desde hace más de cincuenta años, a remover con predilección esas fuentes cristianas para encostrar en ellas la desviación anunciada. Pero todo en vano. Las piedras saltaron contra ellos. Cuanto más ahondaban en el conocimiento de los documentos primitivos más pudieron persuadirse de que las enseñanzas, el espíritu, la constitución esencial de la Iglesia primitiva con su jerarquía, su liturgia y su dogma, era idéntica a la católica. Harnack llegó a decir en un momento de sinceridad, *que habían estado los racionalistas trabajando incansablemente durante cincuenta años para sacar sillares macizos que sirvieran de base al Catolicismo.*

Recensión

¿Cuántos y cuáles son los llamados Padres Apostólicos?

Hagamos un breve recuento de ellos, en conjunto, para detenernos después en los más principales.

San Clemente Romano

Comencemos por la gran tríada de los orígenes cristianos, después de los apóstoles: S. Clemente, Ignacio y Policarpo.

Clemente fué el tercero de los Papas después de S. Pedro, martirizado en la persecución de Domiciano en el primer siglo de nuestra era.

Fué asimismo discípulo de los apóstoles Pedro y Pablo y a él atribuyen Orígenes, Eusebio y San Jerónimo la redacción de la epístola a los Hebreos, del Gran Apóstol. Como principal escrito indubitadamente suyo, se le asigna una larga y precisa carta a los fieles de la Iglesia de Corinto alzados y revueltos, por causa de unos pocos ambiciosos, contra sus legítimas autoridades, y de la que haremos después especial mención.

San Ignacio Mártir

Es quizás la figura más egregia y saliente personalidad cristiana del siglo I.

Era Obispo de Antioquía cuando fué hecho prisionero y con-

ducido a Roma para ser arrojado a las fieras y servir así de regocijo público en el Anfiteatro, en las grandes fiestas dadas por Trajano con ocasión de su triunfo sobre los belicosos dacios, a principios del segundo siglo.

Trató, sin duda, personalmente con los Apóstoles, pero de ello no tenemos constancia por ningún documento escrito.

Nos dejó siete magníficas cartas dirigidas a diversas Iglesias especialmente del Asia, en agradecimiento al gran afecto que en todas partes le mostraron en su paso hacia la capital del Imperio, cargado de cadenas. Fueron redactadas en el camino y constituyen los más sublimes y emocionantes documentos de los primeros tiempos de la Iglesia.

San Policarpo

Gran figura también de la época. Fué discípulo de San Juan evangelista y consagrado por él mismo obispo de *Esmirna*. Su martirio tuvo lugar en esta misma ciudad hacia el año 150, siendo ya muy anciano.

El único escrito que de él se nos conserva es una carta a los fieles de Filipos.

Poseemos también, sobre cada uno de los tres santos referidos, el llamado *Martyrium*, esto es, una corta biografía, con la relación especial de su último combate por la fe. Su valor como documentos históricos es vario, pues mientras el de San Policarpo es una verdadera joya literaria, escrita por un testigo presencial piadosa pero sabiamente, el de San Ignacio ya no merece tanta fe y el de San Clemente es, en gran parte, legendario.

La «Didaché»

Después de los mencionados existen otros cinco escritos más, cuyos autores entran también en la denominación de Padres Apostólicos y son los siguientes:

El autor de la *Epístola de Bernabé*, atribuída con poco fundamento al Apóstol de este nombre y que debió ser escrita a principios del segundo siglo.

En ella se propugna claramente la idea de que no se debe exigir a los cristianos la observancia de la antigua ley cuyas prescripciones y ritos de la circuncisión, sacrificios y custodia del sábado deben entenderse de una manera espiritual y simbólica puramente.

La Declaración de las palabras del Señor, de Papias Obispo de Hierápolis, discípulo del Apóstol San Juan. De este escrito,

que debió ser extenso, no nos quedan más que fragmentos insignificantes.

El Pastor de Hermas, escrito, según parece, del año 140 al 154, por un hermano del Papa Pío I, y contiene exhortaciones a las buenas obras y a la penitencia.

La Epístola a Diognetes, escrita en el siglo II, en forma de apología contra el paganismo y el judaísmo.

Y finalmente, el más importante de todos: *La Didaché* (pronúnciase *Didajé*), o Doctrina de los doce Apóstoles.

Es el más antiguo de los escritos de los Padres Apostólicos y por ello sólo, ya venerable en sí y digno de todo aprecio. La fecha de su composición hay que ponerla indudablemente en el primer siglo de nuestra era, entre los años 80 y 90, si no es que haya que adelantarla, como parece probable, a los tiempos anteriores, a la ruina misma de Jerusalén, en el año 70. Es incluso anterior a algunos escritos del N. T. y por su piedad y bello contenido, fué reputado por algunos Padres y escritores antiguos, como libro inspirado.

Después dejó de circular entre los fieles, no sabemos por qué causa, y quedó oculto y como desaparecido, hasta el año 1875 en que fué descubierto en la Biblioteca del Hospital del Santo Sepulcro de Constantinopla por el arzobispo griego Filoteo Bryennios.

Se ha llegado a decir de la *Didaché* que es «una piedra preciosa de la literatura cristiana primitiva y el hallazgo más valioso de los tiempos modernos.»

En realidad, su significación como documento histórico para conocer el cristianismo en sus orígenes, en la segunda mitad del primer siglo, es inapreciable.

En ella vemos la importancia del *bautismo* como regeneración a la vida de la gracia y puerta de la Iglesia: su fórmula y ritos, la preparación catequística necesaria para él y los diversos modos de administrarlo. La recomendación del *ayuno* y de la *penitencia*, medios ascéticos universales, necesarios para alcanzar el perdón de los pecados... La *oración* que ha de practicar el cristiano tres veces al día, dirigiéndose, con afecto y confianza filial al Padre y con la fórmula enseñada por el Señor... La *Eucaristía* que ya entonces ocupaba, como hoy, en el catolicismo el centro vital de la piedad cristiana... La *presencia real* de Jesucristo en el pan y vino consagrados, de los que no pueden participar más que los cristianos, para no «dar lo santo a los perros» y que exigen tal pureza en los que los reciben que es necesario antes de acercarse a ellos reconciliarse con su hermano al que haya tenido con él alguna diferencia.

La *Eucaristía* es además en su celebración según la *Didaché*,

un verdadero sacrificio, el sacrificio puro de que habla Malaquías y que se ofrece en todas partes a Dios, desde donde sale el sol hasta donde se pone.

Se habla también de la *Confesión* en la que el cristiano que está sujeto a la fragilidad humana, puede purificarse de sus faltas. De la *celebración del día del Señor*, el *domingo* en que deben reunirse los fieles para partir el pan eucarístico... De la *jerarquía* legal ya establecida: los *presbíteros*, los *Obispos* y los *diáconos* que han de ser «dignos del Señor, hombres mansos y desinteresados, probados y verdaderos»... De los dogmas de la *Trinidad*, de la *divinidad de Cristo*, de la *Unicidad* de la Iglesia; de su *santidad y catolicidad*...

Todo esto que constituye la medula de la nueva religión y que, tan visiblemente persiste en lo esencial, en la Iglesia católica, se encuentra en este breve escrito de unas cuantas páginas nada más, redactado por mano anónima, casi a la mitad del primer siglo del cristianismo, recién salido éste de las manos de los Apóstoles y cuando aún vivía con toda certeza, el amado discípulo, evangelista y Profeta San Juan.

II

SAN CLEMENTE ROMANO

Escasos datos biográficos. — Tercer sucesor de San Pedro. — Destierro y martirio. — Carta a los Corintios.

Es la segunda mitad del primer siglo cristiano y corren los tiempos heroicos de la cruenta persecución neroniana...

En estos días trágicos se presenta por vez primera, San Clemente, al lado de los dos grandes apóstoles Pedro y Pablo, en la capital del Imperio.

Lástima que de esta gran figura de la Iglesia primitiva que tanto se prestó por su excepcional relieve a la leyenda, apenas tengamos datos concretos y seguros. Nos hemos de contentar con los que nos proporciona su *Martyrium*, documento posterior, como ya queda indicado, y de escasa solvencia histórica.

Datos biográficos

Ante todo, fué discípulo inmediato de los dos referidos Apóstoles y quizás una de sus mejores conquistas en la ciudad eterna. Algunos Padres y escritores antiguos, entre los que se cuentan Orígenes, Eusebio y San Jerónimo, incluso quisieron identificarlo con el Clemente de que nos habla San Pablo en su epístola a los filipenses (IV, 3) como compañero y colaborador suyo en la fundación de la Iglesia de Filipos y de quien el mismo Santo hace el más cumplido elogio:

«Juntamente con Clemente y los demás colaboradores míos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.»

También le emparentaron otros, aunque sin motivo suficiente, con el cónsul Tito Flavio Clemente, primo del Emperador Domiciano, a quien éste mandó martirizar por el *crimen de ateísmo*, esto es, por no querer adorar a los dioses romanos.

Es desconocida la fecha de su ascensión al Sumo Pontificado

y aunque ésta es cierta queda la duda respecto del lugar que ocupa en la lista de los Papas. Según San Ireneo, Clemente es el tercer sucesor de San Pedro.

«Así, pues, dice, que los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, hubieron echado los fundamentos y edificado la Iglesia de Roma, encomendaron el servicio del Episcopado a Lino, de quien hace mención Pablo en sus cartas a Timoteo; a Lino le sucede Anacleto y después de éste, en el tercer lugar, hereda el Episcopado Clemente, el cual había visto a los bienaventurados apóstoles y tratado con ellos, y conservaba aposentada todavía en sus oídos la predicación de los mismos» (1).

Cuál fuera su actuación al frente de tan elevado cargo lo podemos deducir del encomio que de él hace el documento referido que, en este sitio, presenta visos de verdad.

Dice así:

«El tercero que presidió la Iglesia de Roma fué Clemente quien habiendo seguido la ciencia del Apóstol Pedro, de tal manera sobresalía por el ornamento de sus costumbres que logró hacerse grato a los judíos, a los gentiles y a todos los pueblos cristianos.

Le querían los gentiles porque no abominando, sino con razones, les demostraba, tomándolo de sus propios libros e iniciaciones, dónde habían nacido y qué principios tuvieron los por ellos tenidos y adorados como dioses: y qué hazañas habían realizado y de qué modo, en fin, habían terminado. Todo ello se lo hacía ver con las más potentes demostraciones y dándoles esperanzas juntamente de que podrían obtener perdón de Dios con tal que se apartaran de aquellos ídolos.

La gracia de los judíos se la ganaba demostrándoles que sus padres fueron amigos de Dios, y afirmando ser su ley santa y sacratísima y que ellos heredarían el primer lugar ante Dios si guardaban los mandamientos e instituciones de su propia ley y no negaban que la promesa hecha a Abraham está cumplida en Cristo, pues en la descendencia de aquel Patriarca prometió Dios que serían bendecidas todas las naciones; y lo que dijo David que "del fruto de su seno pondría sobre su trono"; y otra vez por Isaias Profeta: "La Virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo y se llamará su nombre Emmanuel".

De los cristianos, en fin, era particularmente querido porque tenía lista de los pobres de cada región de Roma y no consentía que quienes había él iluminado con la santificación del bautismo, tuvieran que acudir a la pública mendicidad. Y en la predicación cotidiana amonestaba a las gentes de posición media y a los ricos que no toleraran que los iluminados tuvieran que tomar públicamente su comida de manos de judíos y de gentiles y que, una vida que había sido purificada por la consagración del bautismo se manchara con las donaciones de los gentiles.»

Destierro y martirio

Fuera de estas noticias generales ya nada más sabemos de la actuación de San Clemente como Pontífice de Roma.

El *Martyrium* entreteje toda una fronda exuberante de mi-

(1) Adv. haer. III, 3, 3.

lagros, algunos no poco raros y extraños, con los que atendiendo más el autor a su piadosa credulidad que a la puntual exactitud histórica, quiso exornar abigarradamente la figura de su héroe...

El procedimiento no pudo ser más torpe y desgraciado, al mismo tiempo que nocivo para la causa misma del santo, dando a sus páginas el carácter de leyenda en la que resulta imposible discernir lo verdadero de lo inventado.

Según él fué el Papa Clemente un apóstol extraordinario de la fe cristiana en Roma, convirtiendo innumerables paganos al evangelio.

Ello fué la causa de que se procediera contra él.

«Por aquel tiempo, dice, el Conde de los oficios Publio Torcuciano, viendo la muchedumbre innumerable que se había convertido a la fe de Cristo, congregó a todos los Presidentes de barrios en Roma, y habiéndoles repartido dinero, les persuadió que promovieran un tumulto contra el nombre cristiano.»

La intriga obtuvo el efecto deseado.

Pronto estalló la sedición del pueblo contra el obispo Clemente. Pero, ¡caso extraño!

«Confundidos todos los manifestantes, los unos clamaban una cosa, los otros otra, y aun algunos contrarreplicaban. ¿Qué mal ha hecho, gritaban, o qué beneficio no ha cumplido? Todo enfermo por él visitado alcanzó la salud; el que a él llegó triste marchó consolado. A nadie jamás hizo daño; a todos favoreció...

Otros por el contrario, decían, agitados por el espíritu diabólico: Todo eso lo hace por artes de magia, y destruye el culto a nuestros dioses. De Zeus dice que no es Dios; de Hércules nuestro guardián, afirma que es un espíritu inmundo; a Afrodita la Santa la llama una ramera. Contra Vesta blasfema diciendo que hay que pegarle fuego; y del mismo modo calumnia a Atena santísima, y a Artemis y a Hermes, sin perdonar ni a Cronos ni a Ares.

O sacrifique a nuestros dioses o sea exterminado.»

Ante semejante situación el Emperador Trajano le pone en la alternativa de sacrificar a los dioses o sufrir un penoso destierro más allá del Ponto Euxino, en el desierto que se extiende ante la ciudad de Quersón.

Mamertino, el encargado de la ejecución de la sentencia, lleno de simpatía hacia él, se esfuerza en persuadirle que sacrifique para librarse del destierro; Clemente, por el contrario, trabaja por atraer a Cristo a Mamertino.

Al fin éste, viendo la irreductibilidad del santo, le dice, entre sollozos:

«El Dios a quien tú incesantemente sirves él te ayudará en las penas del destierro.»

Le prepara una nave y cargando sobre ella todo lo necesario para el viaje, le despide. Muchos hombres piadosos le acompañaron.

La llegada a Quersón constituye una página emotiva.

«Había allí, dice, más de dos mil cristianos castigados por larga condena a los trabajos de las minas de mármol. Apenas éstos vieron al Santo y venerable Pontífice, todos a una corrieron a él entre gemidos y lamentos, diciéndole: «Ruega por nosotros, oh Santo Sumo Sacerdote, para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo».

Conociendo Clemente que eran desterrados también por Dios, exclamó arrasados en lágrimas sus ojos: «No sin motivo me ha traído aquí el Señor, sino para que, hecho partícipe de vuestros sufrimientos, os procure también un vislumbre de consuelo y de paciencia».

El celoso Obispo, sigue en los inhóspitos parajes del desierto su celo y actividad apostólica: se da con ahinco al servicio espiritual de los cristianos y también a la conversión de los gentiles. Son innumerables los que con sus predicaciones gana para el evangelio.

Un fervor religioso inusitado brota en el desierto de Quersón.

Valiéndose de los materiales de templos gentílicos abandonados y de la madera de los bosques, edifica iglesias y establece el culto cristiano.

Fué algo así como una generación espontánea. El lugar antes idólatra se convierte en una ciudad de verdaderos adoradores de Dios y aun de bellos templos.

De nuevo estalla la persecución que esta vez es la última y decisiva.

Se da cuenta al Emperador con «relación envidiosa», dice el *Martyrium*, de que en Quersón había crecido el pueblo cristiano en muchedumbre incontable y es enviado allá al General Anfidiano quien da muerte a muchos fieles con diferentes tormentos; mas viendo que todos marchaban gozosos al martirio, cede a la muchedumbre contentándose con obligar sólo a Clemente a sacrificar a los dioses.

Inútil tentativa. El santo Obispo permanece firme en el Señor y se niega rotundamente a hacer lo mandado. Entonces Anfidiano da orden a los verdugos: Tomadlo y llevadlo al medio del mar y atada al cuello un ánchora de hierro, arrojadle al fondo para que no puedan los cristianos recoger su cuerpo y venerarle en lugar de Dios.

Toda la muchedumbre presencia conmovida el hecho cruel, cuando dos de los cristianos allí presentes, llamados Cornelio y Fabo, discípulos predilectos del gran Pontífice, gritan inspirados de Dios a la muchedumbre: «Oremos todos unánimes para que el Señor muestre el cadáver de su santo mártir.»

Todavía oraba el pueblo, cuando el mar se retiró y recogió en su propio seno por espacio de casi tres millas.. Entró por tierra seca todo el pueblo, se dice allí, y halló una habitación en forma de templo marmóreo dispuesto por Dios a honra de su mártir, y allí tendido el cuerpo de Clemente y el áncora con que se había sumergido, puesta a su lado.

La Carta a los Corintios

Es la única intervención que conocemos de San Clemente como Papa y el documento más auténtico y seguro, quizás el único, de su vida, pero es en realidad digno de él y el que más le ha acreditado ante la historia.

Es suficiente por sí solo para poner de manifiesto de una manera terminante, no sólo la existencia de la jerarquía eclesiástica ya legalmente constituida en los primeros años de la Iglesia, sino también la indiscutible autoridad y preponderancia del Pontífice romano sobre todas las otras Iglesias.

Desde estos puntos de vista, la carta Clementina es de imponderable valor apologético.

La ocasión de la misiva la ofreció «una sublevación no pequeña», como dijo San Ireneo, acaecida en la Iglesia de Corinto.

Esta Comunidad cristiana fundada por el mismo Apóstol de las gentes, había sido siempre ejemplar y fervorosa. El santo alaba «su fe firme y adornada de toda virtud», «su piedad sensata y templada».

Pero entraron en ella por desgracia el malestar y la discordia.

Unos cuantos de entre sus mismos fieles, «gentes arrojadas y arrogantes», en frase del Pontífice de Roma, se habían sublevado contra sus legítimas autoridades y depuéstolas ante sí y de por sí, por meras rivalidades y envidias.

No sabemos si fueron los atribulados fieles de Corinto los que acudieron al Obispo de Roma en demanda de auxilio y de paz o si fué el mismo San Clemente el que por propia autoridad e iniciativa abordó el asunto.

Lo cierto es que nuestro santo intervino y eficazísimamente en el litigio por medio de una carta preciosa, tan llena de caridad y amor como de autoridad y energía.

Volvió la paz y concordia a la atribulada iglesia de Corinto, mientras que la carta del Pontífice romano, *grande y maravillosa* como le llamó Hegesipo, alcanzó tanta estima y veneración en toda la Cristiandad que como los libros santos, era leída públicamente en muchas iglesias en las reuniones de los fieles.

Entresaquemos de ella algunos párrafos para ver la fuerza de su espíritu y su estilo.

«A causa de las repentinas y sucesivas calamidades y tribulaciones que nos han sobrevenido, creemos, hermanos, que hemos vuelto algo tardíamente nuestra atención a los asuntos debatidos entre vosotros. Nos referimos, carísimos, a la sedición extraña y ajena a los elegidos de Dios, abominable y sacrilega que unos cuantos sujetos, gentes arrojadas y arrogantes han encendido hasta tal punto de insensatez que vuestro nombre venerable y celebradísimo y digno del amor de todos los hombres ha venido a ser gravemente ultrajado.»

«Acordémonos, sobre todo, de las palabras que nos dijo el Señor Jesús para enseñarnos la equidad... Cristo es la herencia de los espíritus humildes y no de aquellos que tratan de alzarse por encima de los otros cristianos. Jesucristo cetro de Dios no vino, aunque hubiera podido hacerlo, con aires señoriales y altivos, sino armado de humildad... El Soberano Creador y Dueño del Universo ha querido que todos los seres guarden paz y concordia porque de El reciben todos el bien, y nadie como nosotros que lo recibimos en exceso, podemos recurrir a su misericordia mediante Nuestro Señor Jesucristo a quien sea dada la gloria y la majestad por los siglos de los siglos...

He aquí, queridos míos, el camino de nuestra salvación, Jesucristo, el Sumo Sacerdote de nuestras oblaciones y la fuerza de nuestra flaqueza. Por él clavamos nuestros ojos en lo alto de los cielos; por él vemos, como en un espejo el rostro mayestático de Dios; por él abrió sus ojos el corazón; por él quedó bañada en luz nuestra inteligencia, aprisionada hasta entonces en obscura mazmorra; por él, nuestro Maestro, hemos podido gustar la ciencia de la inmortalidad; por él, que siendo la irradiación de la majestad de Dios fué ensalzado sobre todos los ángeles y se le dió un nombre superior a todo nombre» (XXXVI, 1-2).

«Juntaos, pues, con los buenos y justos porque ellos son los elegidos de Dios. ¿A qué vienen entre vosotros contiendas y riñas, banderías y escisiones y guerra? ¿Es que no tenemos un solo Dios y un solo Cristo y un solo Espíritu de gracia que fué derramado sobre nosotros? ¿No es uno solo nuestro llamamiento en Cristo? ¿A qué fin desgarrarnos y despedazarnos los miembros de Cristo y nos sublevamos contra nuestro propio cuerpo llegando a tal vesanía que nos olvidamos de que somos los unos miembros de los otros? Acordaos de las palabras de Jesús Señor Nuestro: El dijo: ¡Ay de aquel hombre! más le valiera no haber nacido que escandalizar a uno de mis elegidos. Mejor le fuera que le colgasen una piedra de molino al cuello y lo hundieran en el mar que no extraviar a uno de mis escogidos. Vuestra escisión extravió a muchos, desalentó a muchos, hizo dudar a muchos, nos sumió en tristeza a todos nosotros» (XLVI).

III

SAN IGNACIO MARTIR

Discípulo de Pedro y Pablo. — Gran Obispo de Antioquía. — Delación y condena. — «Molido por los dientes de las fieras».

San Ignacio mártir es una de las figuras más admirables y sublimes en los Anales del Cristianismo.

Nació el 35 de nuestra era en Antioquía, pocos años después como se ve de la muerte del Divino Redentor. Fué, por tanto, contemporáneo de los Apóstoles, de los cuales trató con dos, por lo menos, con San Pedro y con San Pablo, como afirma expresamente San Juan Crisóstomo.

Ignoramos el tiempo de su ingreso en la Iglesia, aunque suponemos que debió ser de los primeros convertidos a la fe en la capital de Siria y uno de los fundadores de su ferviente y numerosa cristiandad.

¿Conoció y trató también al Discípulo Amado?

Es muy posible, pues fueron coetáneos mucho tiempo, pero de ello no poseemos ningún documento histórico que lo acredite. Una cosa sí que podemos afirmar y es que espiritualmente, al menos, fué discípulo del Discípulo del Amor. Un autor le llama *alma joánica*. Como Juan, es de espíritu ardiente y contemplativo, de familiaridad íntima con Cristo y de una suavidad y dulzura de carácter muy parecida a la de aquel apóstol.

Los datos de la vida del gran mártir comienzan para nosotros hacia el año 70 del primer siglo en que, según Eusebio, fué creado Obispo de Antioquía en tiempos de Vespasiano, cargo que desempeñó hasta el 107, décimo del Imperio de Trajano, en que recibió el martirio.

San Crisóstomo añade que fué consagrado Obispo de manos de los Apóstoles Pedro y Pablo, de donde deduce el Patriarca de Constantinopla, las grandes virtudes y dotes de espíritu de que debió estar adornado.

Tampoco tenemos noticias ciertas y fidedignas de sus actuaciones episcopales, aunque debemos dar por supuesto que respondieron en un todo al gran celo y santidad que exigía su elevado cargo y de las cuales dió muestras tan admirables en el año en que mejor le conocemos, el anterior a su muerte.

Delación y condena

Inesperadamente y en medio de su actividad episcopal, aunque en edad avanzada ya, vino para él la palma-del martirio.

El motivo próximo del mismo fué una delación al Gobernador de Siria. Esa era la triste suerte en que se encontraba el cristianismo en aquellos azarosos tiempos. Aparentemente había paz para los fieles tanto en Roma como en las Provincias, pero esa paz podía romperse de un momento a otro por una simple delación a la autoridad.

El *Institutum neronianum*, lanzado por aquel monstruo y en que se decretaba que «no era lícito ser cristiano», persistía aún y pendía traidor como una espada de Damocles sobre los afiliados a la nueva religión, amenazando de un momento a otro caer sobre sus cabezas. Cualquier particular podía proceder contra el cristiano aunque no fuera más que por enemistad, por odio, o por soborno. El gran Tertuliano lo caracterizó muy bien diciendo que: *"todo cristiano era un verdadero candidato al martirio."*

Una de esas delaciones o quizás una pública revuelta en Antioquía fué la causa de la condena del Santo Obispo. La acusación tuvo éxito particularmente por circunstancias propicias del momento.

Era a principios del año 107. «Pio felice triunfador Trajano», como dijo el poeta, acababa de obtener una brillante victoria sobre los indomables Dacios que durante muchos años habían sido la pesadilla de Roma. Ya habían quedado definitivamente aniquilados. La noticia había llevado el júbilo a todo el Imperio y el héroe quería añadir a la pública alegría, regocijos y espectáculos en el Circo, tan bien acogidos siempre y tan delirantemente celebrados por el pueblo del «panem et circenses».

El regocijo supremo había de ser una lucha de hombres y de fieras. Para ello servirían los dacios hechos prisioneros, pero se añadirían también reos de diversas procedencias condenados a muerte y que serían conducidos para el efecto a la ciudad de los Césares.

La denuncia contra Ignacio fué oída al punto.

Se necesitaba carne humana para las bacanales futuras y era preciso aprovechar todas las ocasiones.

Se presentan los esbirros para prender al Santo Obispo y comunicarle la sentencia y... ¡rasgo sublime! Nos cuenta su *Martyrium* que Ignacio, lleno más bien de alborozo que de espanto, como ante una noticia por largo tiempo deseada, exclamó:

«Gracias, Señor, porque te dignaste honrarme con perfecta caridad para contigo atándome juntamente con tu Apóstol Pablo, con cadenas de hierro...»

¡Nueva y desconocida psicología!

Era la humanidad nueva que traía el Cristianismo al mundo. «Quedas condenada a muerte, se le intima a Santa Felicitas, y ella contesta en su alborozo: "Deo gratias", y San Cipriano: vas a morir al filo de la espada, y el mártir repite sin vacilar: "Deo gratias"..."»

Jamás se había visto tal en el mundo.

Nada de espasmos y de terror ante la suerte suprema, nada de protestas por la injusticia e iniquidad con ellos cometida. Sólo la acción de gracias a Dios...

Es que el martirio en el Cristianismo es la suprema gracia. La fe se ha sobrepuesto al horror natural e instintivo y ha convertido al mártir en héroe sobrehumano.

Camino de Roma

Acompañemos ahora al condenado a muerte a la Capital del Imperio donde debe ser inmolado. Va en compañía de otros dos clérigos que han de ser partícipes de su suerte.

El trayecto es largo y penoso, lleno de incomodidades y sufrimientos tales como no podemos imaginar siquiera, en nuestros tiempos de refinado confort.

Lo hizo en su máxima parte por tierra, pero también algo por mar.

Por tierra cruzó casi toda el Asia Menor, desde Cilicia hasta Filipos en Tracia, y desde Filipos a Durazzo. Por mar atravesó el golfo de Alejandreta y todo el Adriático y costó Italia hasta Ostia Tiberina...

Iba cargado de cadenas, y lo que constituía su mayor molestia, custodiado por un pelotón de diez soldados que le hicieron no poco que sufrir con sus malos y groseros tratos y que, según las palabras del mismo Santo, «se hacían peores cuanto más les favorecía».

Tuvo también sus consuelos.

En muchos sitios fué su paso una verdadera marcha triun-

fal, apoteósica. El Clero y los cristianos le salían al encuentro en todas partes y besaban emocionados sus cadenas, le agasajaban y confortaban con la caridad cristiana primitiva la más sincera y grande que se ha conocido en el mundo.

En Filadelfia le salió a recibir toda su ferviente cristiandad, los «hermanos» que se desvivieron por agasajarle.

Después Troas... pero, sobre todo, *Esmirna*.

Regía aquella floreciente Iglesia el gran Obispo San Policarpo, de que hablaremos, y que poco más tarde había de ser también mártir glorioso de Jesucristo.

¡Emotivo encuentro el de aquellas dos grandes almas!

Policarpo salió a su encuentro con inmenso júbilo en compañía de todos sus cristianos esmirniotas...

«Le recibieron, dicen los documentos, no como a un pasajero ni como a un embajador de Cristo sino como al Señor mismo...»

Besaron enardecidos sus cadenas, felicitaron y alentaron, llenos de envidia, al invicto mártir de Cristo...

Ni fueron solos Policarpo y sus fieles... También las Iglesias vecinas, al enterarse de su paso por Esmirna, fueron desfilando llenos de caridad y veneración, por delante de él: Efeso, Magnesia, Trales y otras, a las que correspondió el Santo con sendas cartas de agradecimiento, que han sido conservadas como un gran tesoro de la primera Iglesia...

Escribió también a los romanos.

¿Cuál fué el motivo?

¡Nuevo rasgo inconfundible de la fisonomía de Ignacio y de su ansia por el martirio!

Había podido enterarse de que algunos fieles de la ciudad eterna, influyentes ante las autoridades de allá, estaban dispuestas a gestionar su liberación o conmutación de la pena.

Fué aquello un verdadero toque de alarma para él: el martirio, la tan suspirada gracia de dar su sangre por Cristo, se le alejaba de las manos...

Ignacio tomó entonces la pluma y escribió a los fieles romanos en general, porque no sabía los nombres de los gestores, la carta maravillosa, de características y contenido únicos en el mundo.

Copiamos algunos párrafos y el lector verá que no es hipóbole el encomio.

Dice después de un solemne y cariñosísimo saludo:

«Por fin, a fuerza de oraciones a Dios, he podido conseguir ver vuestros rostros divinos y de tal suerte lo he conseguido que me ha sido dado más de lo que pedía. En efecto; encadenado por Cristo tengo esperanza de ir a saludar si fuere voluntad del Señor de hacerme la gracia de llegar hasta el fin... Y es que temo justamente vuestra caridad, no sea ella la que me perjudique.

Porque a vosotros, en verdad, fácil cosa es hacer lo que pretendéis; a mí, en cambio, si vosotros no tenéis consideración conmigo, me va a ser difícil alcanzar a Dios...

¡Bello es que el sol de mi vida, saliendo del mundo, trasponga en Dios a fin de que amanezca en él!

...Lo único que para mí habéis de pedir es fuerza, tanto interior como exterior, para que no sólo hable sino esté también decidido...

Por lo que a mí toca, escribo a todas las Iglesias y a todas las encarezco que yo estoy pronto a morir de buena gana por Dios con tal que vosotros no me lo impidáis. Yo os lo suplico: no mostréis para conmigo una benevolencia importuna. Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo... Cuando el mundo no vea ya ni mi cuerpo entonces seré verdadero discípulo del Señor. Suplicad a Cristo por mí, para que por esos instrumentos logre ser sacrificado para Dios.

No os doy yo mandatos como Pedro y Pablo: Ellos fueron Apóstoles, yo no soy más que un condenado a muerte: Ellos fueron libres; yo hasta el presente soy un esclavo, mas si lograra sufrir el martirio quedaré liberto de Jesucristo y resucitaré libre con El...

Ojalá goce yo de las fieras que están destinadas para mí y hago votos que se muestren rápidas conmigo. Yo mismo las azuzaré para que me devoren rápidamente y no como a algunos, a quienes amedrentadas no osaron tocar. Y si ellas no quisieren al que de grado se les ofrece yo mismo las forzaré.

Perdonadme; yo sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo; que ninguna cosa visible ni invisible se me oponga, por envidia, a que yo alcance a Jesucristo. Fuego, cruz, y manadas de fieras; quebrantamientos de mis huesos, descoyuntamientos de miembros, trituraciones de todo mi cuerpo, tormentos del diablo..., vengan sobre mí, a condición de que yo alcance a Jesucristo... De nada me aprovecharán los confines del mundo ni los reinos todos de este siglo. Para mí mejor es morir en Jesucristo que ser rey de los términos de la tierra. A aquel quiero que murió por nosotros...

Perdonadme, hermanos: no me impidáis vivir; no os empeñéis en que ya muera. No entreguéis al mundo al que sólo anhela ser de Dios: No tratéis de engañarme con lo terreno; dejadme contemplar la luz pura. Llegado allá, seré de verdad hombre. Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios. Si alguno le tiene dentro de sí, que comprenda lo que yo quiero y si sabe lo que a mí me apremia, que haya lástima de mí.

Mi amor está crucificado y no queda ya en mí fuego que busque alimentarme de materia; sí, en cambio, un agua viva que murmura dentro de mí y desde lo íntimo me está diciendo: "Ven al Padre".

No siento placer por la comida corruptible ni me atraen los deleites de esta vida. El pan de Dios quiero que es la carne de Jesucristo, del linaje de David; su sangre quiero por bebida que es amor incorruptible...

Rogad por mí para que llegue a la meta. No os he escrito según la carne, sino según la mente y sentir de Dios. Si sufiere el martirio me habéis amado, si fuere rechazado me habéis aborrecido... (III-IX).

El martirio

Reanudando su viaje, llegó la comitiva de los condenados a muerte por Jesucristo a Tróade, él y dos clérigos más.

Nueva espera y nuevos agasajos a los mártires, al par que nuevas cartas de Ignacio.

Esta vez van dirigidas: una a la Iglesia de Filadelfia, otra a la de Esmirna y la tercera a su Obispo, el «Fidelísimo» Policarpo...

Ultimas etapas del pesado y largo viaje...

Por fin, Roma a la vista; Roma, «la gran meretriz», la que «se embriaga con la sangre de los mártires», y en cuyo anfiteatro ha de ser molido su cuerpo por los dientes de las fieras.

Un horrible escalofrío debió apoderarse de Ignacio y de sus compañeros, candidatos también al martirio, pero el gozo de ver cumplidos sus deseos y el ansia de estar con Cristo se sobrepuso.

No era para él un cadalso, sino su trono, el trono en que empezaría a reinar con Cristo.

Roma ardía entonces en las grandes fiestas.

Como todas sus semejantes eran espléndidas y duraderas. En aquel inmenso pueblo de vagos que no pedía más que pan y juegos del Circo, era frecuente protraerlas meses y meses. Esta vez duraron nada menos que 123 días.

Era el año 107. Diez mil gladiadores murieron en ellas entre los aplausos y regocijo exultante del populacho embrutecido y ahito de sangre.

Fantásticas y trágicas cazas de fieras. Perecieron 12.000 de éstas, sin que nos haya sido conservado el número de las humanas víctimas, pues eso no interesaba...

Llegó el gran día para Ignacio. Los ruegos que había hecho en su Carta a los romanos de que no estorbaran su inmolación por Cristo, habían tenido su efecto. Nadie se había querido oponer a tan ardientes y heroicos deseos, que parecían proceder de un imperativo divino.

Ignacio iba a ser una de tantas víctimas brutalmente sacrificadas.

Antes de las sangrientas cazas era costumbre arrojarles, como aperitivo, algunos desgraciados condenados a muerte; indefensos, inermes, eran pronto descuartizados por las bestias salvajes en medio del público regocijo del pueblo, que se gozaba

de ver el espanto, las contorsiones de los desgraciados entre las garras de los feroces animales.

El 18 de diciembre murieron de esta manera los dos compañeros de Ignacio, Zósimo y Rufo, los dos clérigos de Antioquía dignos del fervor y santidad de aquella gran Iglesia.

Dos días después les siguió el Obispo.

¡Espectáculo fuerte y tremendo, pero al mismo tiempo confortador!

Entre el grupo de los infelices echados al redondel para el último suplicio, se veía a un anciano. No llevaba ninguna insignia de su cargo, pero era el Obispo de Antioquía y uno de los hombres más grandes de su época y de todos los tiempos. Ha salido y avanza radiante por el Circo en busca del león o del tigre que le ha de despedazar o moler entre sus garras, como trigo de Dios...

No tuvo necesidad de azuzarles: la bestia hambrienta se lanzó sobre él y de unos zarpazos le deshizo.

Era el 20 de diciembre.

Su gran alma se remontó al cielo a estar, con Cristo, a gozar para siempre de su vista, a recibir el premio de los atletas esforzados: su cuerpo allá aparecía desgarrado, convertido en piltrafas que arrastraban y se disputaban las fieras...

Los cristianos recogieron con religiosa veneración los huesos triturados, y depositándolos en una caja los transportaron a Antioquía como sagradas reliquias y los colocaron en el Santuario de la puerta llamada de Dafne, en donde aún pudo venerarlas y exaltarlas San Juan Crisóstomo. Más tarde fueron trasladadas por Teodosio el joven al templo de la Fortuna, que cambió de nombre y se llamó en adelante Basílica de San Ignacio.

IV

SAN POLICARPO

**Discípulo de San Juan y consagrado por él Obispo de Esmirna.
— Su gran combate por la fe. — De la pira a Cristo.**

San Policarpo es la tercera gran figura del Cristianismo primitivo postapostólico.

Como los dos anteriores es contemporáneo de los Apóstoles, con quienes trató personalmente, en particular con San Juan Evangelista.

Nació hacia el año 70 de nuestra era y ya de edad fué consagrado Obispo de su ciudad natal, Esmirna.

La tradición, de la que se hace eco Tertuliano, nos refiere que fué el mismo vidente de Patmos el que le consagró. San Jerónimo afirma también lo mismo y hace resaltar su importancia con estas palabras. «Policarpo, discípulo de San Juan Apóstol y ordenado por él Obispo de Esmirna, fué el principal de toda el Asia.»

De su fama y santidad de costumbres nos hablan también San Ireneo su discípulo, y San Ignacio mártir.

El gran Obispo de Antioquía le llama: «digno de Dios», «objeto de la vigilancia inmediata del Padre y del Señor Jesucristo» y «glorifica a Dios por haberle otorgado la gracia de ver el rostro de su amigo, del cual, ojalá, dice, me fuera dado gozar siempre».

No menos expresivas son las frases de la carta que le dirigió el gran Santo y de que ya hicimos mención:

«Te exhorto, le dice, por la gracia de que estás revestido, a que te apresures más en la carrera y los amonestes a todos a fin de que se salven. Desempeña tu cargo con toda diligencia en el cuerpo y en el espíritu. Cuida de la unidad que es el mayor de los bienes. Llévalos a todos sobre ti como a ti te lleva el Señor. Sopórtalos a todos con caridad, conforme lo haces. Vaca asiduamente a la oración. Pide mayor inteligencia aún de la que tienes. Está alerta con espíritu que desconozca el sueño. A los fieles particulares háblales a la manera de Dios. Lleva sobre ti las enfermedades de todos como perfecto atleta. Donde la fatiga es mayor, allí es también más grande el premio.»

La carta sigue apostólica y elevada y sería necesario transcribirla toda:

«Debes anhelar a Dios con el ansia con que el piloto busca los vientos y el navegante sorprendido por la tormenta, el puerto. Sé sobrio como un atleta de Dios... Ante la herejía debes permanecer firme como el yunque bajo el martillo.» «Nada importa perder la vida si al fin se vence.»

Le aconseja, sobre todo, que gobierne con autoridad, que mande, y le da la sabia regla:

«Nada se haga sin tu consentimiento, pero nada hagas tú tampoco sin el de Dios.»

Y, finalmente, su obsesión continua, la caridad, la unión:

«Trabajad juntos los unos por los otros, luchad juntos, corred a una sufrid unidos, dormid y levantaos a la par, como administradores de Dios, como sus comensales y servidores».

El segundo testimonio nos lo ofrece San Ireneo, como dijimos. El mismo declara con orgullo haber sido discípulo suyo siendo joven, y escuchado de sus labios autorizados las enseñanzas que le quedarán indeleblemente grabadas.

Dice en una carta a Florino, presbítero romano que se había desviado de la fe ortodoxa y caído en la herejía de los Gnósticos:

«Estas doctrinas, Florino, para decirlo suavemente, no corresponden a un sano sentir; no están acordes con la Iglesia y precipitan a quienes las siguen en la más grande impiedad: ni siquiera los herejes que están fuera de la Iglesia se atrevieron a lanzarlas a la luz pública. Estas doctrinas no las transmitieron, los ancianos anteriores a nosotros que convivieron con los apóstoles. Porque yo te vi cuando todavía era un niño, en el Asia interior junto a Policarpo, desempeñando brillante papel en la corte imperial y tratando, a la par, de ganarte la estimación de aquel.

Y es así que de lo de entonces ocurrido me acuerdo mejor que de lo que ayer mismo aconteciera, como quiera que lo que de niños aprendemos crece juntamente con el alma y se hace una cosa con ella. De tal suerte que puedo decir hasta el lugar en que el bienaventurado Policarpo se sentaba para dirigirnos la palabra; cómo entraba en materia y cómo terminaba sus instrucciones; su género de vida, la forma de su cuerpo, las pláticas que dirigía a la muchedumbre. Cómo contaba su trato con Juan y con los demás que habían visto al Señor, ya sobre sus milagros ya sobre su doctrina: todo lo cual como lo había recibido de quienes fueron testigos de vista de la vida del Verbo, Policarpo lo relataba de acuerdo con las Escrituras. Todas estas cosas no sólo las escuché entonces diligentemente por la misericordia que Dios usó conmigo, archivándolas no precisamente en el papel sino en mi propio corazón; sino que siempre, por la gracia de Dios las sigo auténticamente rumiando. Y así puedo atestiguar delante de Dios que si aquel bienaventurado y apostólico anciano hubiera oído algo de esto, hubiera lanzado un grito y tapándose los oídos y exclamando como lo tenía de costumbre ¡Oh Dios mío!, ¡para qué tiempos me has guardado!; ¡que tenga que soportar estas cosas! Y aun se hubiera escapado del lugar en que sentado o de pie hubiera escuchado los discursos...»

El último combate

Constituye indudablemente la gloria incomparable del gran Obispo de Esmirna, como lo había constituido en San Ignacio y debemos detenernos en él.

El documento que lo transmite hasta nosotros es plenamente auténtico y seguro y de autor contemporáneo al hecho: El *Martyrium*. Bello escrito merecedor de todo encomio.

Si aun ahora nos emociona y hace vibrar nuestro espíritu la sublime fortaleza demostrada por el mártir en el trance supremo de dar su vida por Cristo, lo debemos en gran parte, al benemérito escritor de quien procede, que sin pretensiones de ninguna clase, tan sobria y piadosamente supo dejarnos una narración maravillosa de todo, que será siempre una joya imperecedera en la literatura cristiana primitiva.

Puede llamarse en verdad *acta de martirio*, si bien está redactada en forma de carta que envía la Iglesia de Esmirna a las demás Iglesias para la mutua edificación.

He aquí su comienzo bello y solemne, como era de costumbre en semejantes cartas de entonces:

«La Iglesia de Dios que habita como forastera en Esmirna, a la Iglesia de Dios que vive forastera en Filomelo, y a todas las comunidades, peregrinas en todo lugar, de la santa y universal Iglesia:

Que en vosotras se multiplique la misericordia, la paz y la caridad de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo...»

A continuación da razón de la carta y señala los antecedentes del martirio.

Once cristianos de Filadelfia han sido conducidos a Esmirna para sufrir allí el martirio. Entre todos ha descollado por su valor un joven llamado *Germánico*, quien hasta azuzaba a la fiera en el anfiteatro para que se arrojara pronto contra él porque «quería cuanto antes verse libre de una vida tan sin justicia y sin ley como la que llevaban los paganos».

La muchedumbre se exasperó ante la valentía inaudita y desprecio de la muerte del cristiano y prorrumpió en alaridos: «¡Mueran los ateos! ¡A buscar a Policarpo...!»

El Procónsul Quinto Estacio Cuadrato cede a la presión de la turba y da orden de que se indague el paradero de la víctima para detenerle.

El anciano permanece sereno ante la trágica noticia; obedece, sin embargo, al apremio de los suyos, que le obligan a salir de la ciudad y ponerse a salvo.

Se retira a una granja contigua y allí se entrega el día entero a la oración, resignado en la voluntad divina.

Cedamos la palabra al *Martyrium*, pues difícilmente supliremos la unción y sublimidad sobria del relato.

«Y como persistieran las pesquisas para dar con él tuvo que trasladarse a otra finca, y momentos después se presentó la policía. Como no le hallaran, prendieron a dos esclavos, y uno de ellos, sometido a tormento, declaró su paradero. Era ya de todo punto imposible seguir oculto, una vez que los que le traicionaban pertenecían a los domésticos mismos. Por su parte, el jefe de la policía, que, por cierto, llevaba el mismo nombre que el rey de la pasión del Señor, Herodes, tenía prisa por conducir a Policarpo al estadio, para que éste alcanzara su suerte, hecho partícipe de Cristo, y los que le habían traicionado sufrieran su merecido, es decir, el castigo del mismo Judas.

Llevando, pues, consigo al esclavo, un viernes, hacia la hora de comer, salieron los pesquisadores — todo un escuadrón de caballería —, armados con las armas del caso, como si salieran tras un bandido. Y llegados que fueron, a hora ya tardía, halláronle acostado ya en una habitacioncilla del piso superior. Todavía hubiera podido Policarpo escaparse a otro escondrijo, pero se negó diciendo: Hágase la voluntad de Dios.

Conociendo, pues, por el ruido que se oía debajo, que habían llegado sus perseguidores, bajó y se puso a conversar con ellos. Maravilláronse, éstos, al verle, de su avanzada edad y de su serenidad, y no se explicaban todo aquel aparato y afán por prender a un viejo como aquél. Al punto, pues, Policarpo dió órdenes de que se les sirviera de comer y beber en aquella misma hora cuanto apetecieran, y él les rogó, por su parte, que le concedieran una hora para orar tranquilamente. Permitiéronse ellos, y así, puesto en pie, se puso a orar tan lleno de gracia de Dios que por espacio de dos horas no le fué posible callar. Estaban maravillados los que le oían, y aun muchos sentían remordimiento de haber venido a prender a un anciano tan santo.

Una vez que, finalmente, terminó su oración, después que hubo hecho en ella memoria de cuantos en su vida habían tenido trato con él — pequeños y grandes, ilustres y humildes, y señaladamente de toda la universal Iglesia esparcida por la redondez de la tierra —, venido el momento de emprender la marcha, le montaron sobre un pollino, y así le condujeron a la ciudad, día que era de gran sábado.

Topáronse con él en el camino el jefe de policía Herodes y su padre Nicetas, los cuales, haciéndole montar en su coche y sentándole a su lado, trataban de persuadirle, diciendo: «¿Pero qué inconveniente hay en decir: "César es el Señor", y sacrificar y cumplir los demás ritos y con ello salvar la vida?»

Policarpo, al principio, no les contestó nada; pero como volvieran a la carga, les dijo finalmente: «No tengo intención de hacer lo que me aconsejáis.»

Ellos, entonces, fracasados en su intento de convencerle por las buenas, se desataron en palabras injuriosas y le hicieron bajar precipitadamente del coche, de suerte que, según bajaba, se hirió en la espinilla. Sin embargo, sin hacer caso de ello, como si nada hubiera pasado, caminaba ahora a pie animosamente, conducido al estadio. Y era tal el tumulto que en éste reinaba, que no era posible entender a nadie.

Al tiempo que Policarpo entraba en el estadio, una voz sobrevino del cielo que le dijo: «Ten buen ánimo, Policarpo, y pórtate varonilmente». Nadie vió al que esto dijo; pero la voz la oyeron los que de entre los nuestros estaban presentes. Seguidamente, según le conducían al tribunal, levántose un gran tumulto al correrse la voz de que habían prendido a Policarpo. Venido, en fin, a presencia del procónsul, preguntóle éste si era él Policarpo.

Respondiendo el mártir afirmativamente, trataba el procónsul de persuadirle a renegar de la fe, diciéndole:

—Ten consideración a tu avanzada edad—y otra cosas por el estilo, según es costumbre suya decir, como: "Jura por el genio del César. Muda de modo de pensar; grita ¡Mueran los ateos!"

A estas palabras, Policarpo, mirando con grave rostro a toda la chusma de paganos sin ley que llenaban el estadio, tendiendo hacia ellos la mano, dando un suspiro y alzando sus ojos al cielo, dijo:

—Sí, ¡mueran los ateos!

—Jura y te pongo en libertad. Maldice de Cristo.

Entonces Policarpo dijo:

—Ochenta y seis años hace que le sirvo y ningún daño he recibido de El; ¿cómo puedo maldecir de mi Rey, que me ha salvado?

Como nuevamente insistiera el procónsul, diciéndole:

—Jura por el genio del César.

Respondió Policarpo:

—Si tienes por punto de honor hacerme jurar por el genio, como tú dices, del César y finges ignorar quién soy yo, óyelo con toda claridad: Yo soy cristiano. Y si tienes interés en saber en qué consiste el cristianismo, dame un día de tregua y escúchame.

Respondió el procónsul:

—Convence al pueblo.

Y Policarpo dijo:

—A ti te considero digno de escuchar mi explicación, pues nosotros profesamos una doctrina que nos manda tributar el honor debido a los magistrados y autoridades, que están por Dios establecidas, mientras ello no vaya en detrimento de nuestra conciencia; mas a ese populacho no le considero digno de oír mi defensa.

Dijo el procónsul:

—Tengo fieras a las que te voy a arrojar si no cambias de parecer.

Respondió Policarpo:

—Puedes traerlas, pues un cambio de sentir de lo bueno a lo malo, nosotros no podemos admitirlo. Lo razonable es cambiar de lo malo a lo justo.

Volvió a insistirle:

—Te haré consumir por el fuego, ya que menosprecias las fieras, como no mudes de opinión.

Y Policarpo dijo:

—Me amenazas con un fuego que arde por un momento y al poco rato se apaga. Bien se ve que desconoces el fuego del juicio venidero y del eterno suplicio que está reservado a los impíos. Mas, en fin, ¿a qué tardas? Trae lo que quieras.

Mientras estas y otras muchas cosas decía Policarpo, veíanle lleno de fortaleza y alegría, y su semblante irradiaba tal gracia que no sólo no se notaba en él decaimiento por las amenazas que se le dirigían, sino que fué más bien el procónsul quien estaba fuera de sí y dió, por fin, orden a su heraldo, que, puesto en la mitad del estadio, diera por tres veces este pregón:

—¡Policarpo ha confesado que es cristiano!

Apenas dicho esto por el heraldo, toda la turba de gentiles, y con ellos los judíos que habitaban en Esmirna, con rabia incontenible y a grandes gritos, se pusieron a vociferar:

—Ese es el maestro del Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que ha inducido a muchos a no sacrificarles ni adorarlos.

En medio de este vocerío, gritaban y pedían al asiarca Felipe que soltara un león contra Policarpo. Mas el asiarca les contestó que no tenía facultad para ello, una vez que habían terminado los combates de fieras. Entonces dieron todos en gritar unánimemente que Policarpo fuera quemado vivo. Y es

que tenía que cumplirse la visión que se le había manifestado sobre su almohada, cuando la vió, durante su oración, abrasarse toda, y dijo proféticamente, vuelto a los fieles que le rodeaban: "Tengo que ser quemado vivo".

La cosa, pues, se cumplió en menos tiempo que el que cuesta contarlo, pues al punto se lanzó el populacho a recoger de talleres y baños madera y leña seca, dándose, sobre todo, los judíos manos a la labor con el singular fervor que en esto tienen de costumbre.

Preparada que fué la pira, habiéndose Policarpo quitado todos sus vestidos y desceñido el cinturón, trataba también de descalzarse, cosa que hubiera podido hacer antes, cuando todos los fieles tuvieran empeño en prestarle este servicio, porfiando sobre quién tocaría antes su cuerpo. Porque, aun antes de su martirio, todo el mundo le veneraba por su santa vida.

En seguida, pues, fueron colocados en torno a él todos los instrumentos preparados para la pira. Mas como se le acercaran también con intención de clavarle en un poste, dijo:

— Dejadme tal como estoy, pues el que me da fuerzas para soportar el fuego, me la dará también, sin necesidad de asegurarme con vuestros clavos, para permanecer inmóvil en la hoguera.

Así, pues, no le clavaron, sino que se contentaron con atarle. El entonces, con las manos atrás y atado como un carnero egregio, escogido de entre un gran rebaño preparado para holocausto acepto a Dios; levantados sus ojos al cielo, dijo:

"Señor Dios omnipotente:

Padre de tu amado y bendecido siervo Jesucristo, por quien hemos recibido el conocimiento de ti; Dios de los ángeles y de las potestades, de toda la creación y de toda la casta de los justos, que viven en presencia tuya:

Yo te bendigo, — porque me tuviste por digno de esta hora, — a fin de tomar parte, contado entre tus mártires, — en el cáliz de Cristo — para resurrección de eterna vida, en alma y cuerpo, — en la incorrupción del Espíritu Santo: — ¡Sea yo con ellos recibido hoy en tu presencia, — en sacrificio pingüe y aceptable, — conforme de antemano me lo preparaste — y me lo revelaste y ahora lo has cumplido, — Tú, el infalible y verdadero Dios. — Por lo tanto, yo te alabo por todas las cosas, — te bendigo y te glorifico, — por mediación del eterno y celeste Sumo Sacerdote, — Jesucristo, tu siervo amado, — por el cual sea gloria a Ti con el Espíritu Santo, ahora y en los siglos por venir. Amén."

De la pira a Cristo

Apenas hubo enviado al cielo su amén y concluida su súplica, los ministros de la pira prendieron fuego a la leña. Y en aquel punto, levantándose una gran llamarada, vimos un prodigio aquellos a quienes fué dado verlo; aquellos, por lo demás, que hemos sobrevivido para poder contar a los demás lo sucedido.

El caso fué que el fuego, formando una especie de bóveda, como la vela de un navío henchida por el viento, rodeó por todos lados como una muralla el cuerpo del mártir, y estaba en medio de la llama no como carne que se asa, sino como pan que se cuece o cual oro y plata que se acendra al horno. Y a la verdad, nosotros percibimos un perfume tan intenso cual si se levantara una nube de incienso o de cualquier otro aroma precioso.

V

LAS NOTAS DE LA IGLESIA NACIENTE (I)

Unicidad y jerarquía. — Testimonios unánimes de Cristo, los Apóstoles y Padres apostólicos. — El Primado romano.

Detengámonos un instante para contemplar por dentro y en mirada de conjunto, la gran sociedad cuyo desenvolvimiento, seguro y avasallador, hemos venido admirando a través de estas páginas.

Cristo, su fundador, la llamó aun antes de nacer, *Iglesia* y ese es el nombre que prevaleció y se perpetuó después.

Podemos definirla: «La reunión o corporación de todos los fieles», o mejor, «la Sociedad de los creyentes en Cristo, seguidores de sus enseñanzas y de su espíritu».

De esta Iglesia así constituida dice San Pablo que es «columna y firmamento de la verdad» (I Tim. III, 15) y también un cuerpo místico cuya cabeza es él mismo y tan amada de Él, que por su causa «se entregó a sí mismo a la muerte para hacerla toda hermosa, sin mancha y sin arruga» (Efes. V, 27).

Una de sus notas más características y esenciales es la

Unicidad

Nada más patente que ella en el evangelio y en la tradición. Cristo habla a Pedro y le dice:

«Tú eres Pedro y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia.»

«...Mi Iglesia, no mis Iglesias; no muchas sino una...»

De la misma manera se nos habla en todo el Nuevo Testamento:

«Saulo perseguía sobremanera a la Iglesia»,

dicen los *Hechos* y hablando de sí el Apóstol añade :

«Yo soy el último de los Apóstoles y aun indigno de ser llamado apóstol porque perseguí la Iglesia de Dios.» «Varones, amad a vuestras esposas como Cristo a su Iglesia.»

Y mientras Pedro estaba preso en la cárcel nos dicen los *Hechos* que «se hacía oración por él sin intermisión en la Iglesia».

Ni sentido hubiera tenido siquiera la pluralidad de Iglesias, en los orígenes de la religión cristiana.

Se nos habla sí, de la «Iglesia de Jerusalén, de Antioquía, de Esmirna, de Laodicea, de las siete Iglesias del Asia...», pero a nadie se le ocurrió pensar que se trataba de diversas Iglesias en el pleno sentido de la palabra. Era una misma, idéntica Iglesia que habitaba en diferentes lugares: La Iglesia de Dios que moraba en Roma, en Efeso, en Corinto, pero con la misma doctrina, los mismos sacramentos, idénticos fines e ideales.

El sentir, o mejor, la fe de las primeras Comunidades cristianas es la misma.

Ya vimos cómo se encabezaba la epístola de San Clemente Romano a los corintios:

«La Iglesia de Dios que habita como forastera en Roma, a la Iglesia de Dios que habita como forastera en Corinto.»

Y San Ignacio mártir :

«Ignacio por sobrenombre portador de Dios... a la Iglesia... que está en Efeso, mi saludo cordialísimo.» Y S. Policarpo: «Policarpo y los Presbíteros que están con él, a la Iglesia de Dios que habita como forastera en Filipos.»

¿Qué hubieran dicho los Apóstoles, o los primitivos cristianos, ante el laberinto de Iglesias de hoy? Iglesia Rusa, Iglesia Griega ortodoxa, y sobre todo las mil protestantes, enemigas las unas de las otras.

Y muchas con distintos credos, con dogmas totalmente opuestos, aun en los puntos más esenciales, como la divinidad de Cristo, la jerarquía, el régimen de la misma.

Sin duda que hubieran quedado perplejos y escandalizados, al par que llenos de la más honda tristeza. Se repetía, pero con infinita más gravedad, el caso de los Corintios:

«Yo soy de Apolo, yo de Cefas, yo de Pablo... ¿Por ventura se ha dividido Cristo?»,

gritarían angustiados.

«Una sola fe, un solo bautismo, un solo Cristo» (Efes. IV, 5).

Nuestros pecados han traído la indigna y funesta división.

Las pasiones humanas han hecho fracasar, si se permite la palabra, a Cristo. El rogó al Padre en su oración sacerdotal en la noche de la última Cena:

«Para que fuesen todos los que habían de creer en su palabra *una misma cosa*, y llegaran a la *consumación de la unidad*; añadió que en eso se había de conocer que éramos cristianos en sí nos amábamos mutuamente...»

Los primitivos cristianos eran uno; «tenían un solo corazón y una sola alma»; los Apóstoles anatematizaban las escisiones, las contenciones, los cismas... ¿Qué hemos hecho?

El maligno es el que ha sembrado la cizaña.

¡Ay del mundo por causa de los escándalos! pero ¡ay! sobre todo, de aquellos por quienes el escándalo ha venido! ¡Ay de aquellos que por pasiones inconfesables, por su soberbia y mala vida, han escindido la fe, el cuerpo místico de Cristo, apartándose de la única y verdadera Iglesia.

La jerarquía

No aparece menos clara en todo el Nuevo Testamento y en los primeros cristianos.

Ya desde el comienzo se presenta la Iglesia en forma de Sociedad perfectamente constituida, con sus jefes y autoridades, que mandan, enseñan y dirigen. Estos son los Apóstoles en primer término y después los Obispos, presbíteros y diáconos elegidos por ellos inmediatamente o por la comunidad de fieles, y «puestos por el Espíritu Santo, en frase de San Pablo, para regir y gobernar a su Iglesia».

Más particularmente aún: podemos distinguir entre ellos un jefe superior, a quien todos, apóstoles y fieles reconocen como autoridad suprema: Este es San Pedro a quien Cristo por sí mismo da la gran investidura.

Los demás Apóstoles trabajan también incansablemente y tienen autoridad en su línea y predicán y esparcen la buena nueva por el mundo. Fruto de su labor y su celo, surgen nuevas cristiandades, en Samaria, en Jope, en Lida, en Antioquía, en toda el Asia Menor, en Chipre, en Efeso, en Corinto, en Roma, en España... La mayor parte de las veces marchan a otras ciudades a «predicar la palabra» después de fundar las Iglesias, pero no las dejan acéfalas, sin gobierno. Tomando como modelo, en

parte al menos, la organización de las Sinagogas judías, nombran una especie de Senado, el *Presbiterio*, junta jurídica de gobierno, al frente del cual ponen a un Presidente o Intendente principal, el *Obispo*, a las órdenes del cual y para la administración de los asuntos materiales y obras de caridad y aun para el ministerio de la palabra y asistencia litúrgica, crean otro cuerpo de gran utilidad y prestancia, el de los *diáconos* o ministros.

A todas esas autoridades nombradas directamente por los Apóstoles o mandadas elegir por las Iglesias, ordena San Pablo a los fieles de Corinto: «*Obedeced a vuestros superiores, pues ellos velan por vosotros como quienes han de dar cuenta de vuestras almas*». Y a Tito y a Timoteo, creados por él Obispos, les manda *predicar, corregir y castigar a los desobedientes y discolos*.

Los Padres Apostólicos

De nuevo acudimos a ellos y no lo extrañará el lector consciente de su importancia en la materia.

Todos son verdaderos campeones de la obediencia y respeto a las autoridades constituídas en las Iglesias.

En *San Clemente* nos acordamos de la rebelión de Corinto ya mencionada y de su famosa carta a aquella Iglesia en que llama la sedición ocurrida allí «abominable e impía» y a los que la suscitaron «temerarios y arrogantes, gentes soberbias a quienes no pertenece Jesucristo».

Pone la subordinación del ejército como modelo y preconiza el origen divino de la jerarquía con palabras tan sabias como terminantes».

«El Señor Jesucristo, dice, nos envió a sus Apóstoles como mensajeros de la buena nueva: Jesucristo fué enviado por el Padre; luego Cristo viene de Dios y los Apóstoles, de Cristo; ambas misiones emanan armoniosamente de la voluntad de Dios. Los Apóstoles, adocotrínados por Nuestro Señor Jesucristo y plenamente convencidos por su resurrección, alentados por la palabra de Dios y asistidos por el Espíritu Santo, lánzanse a predicar el Evangelio, el advenimiento del reino de Dios. Después de haber predicado por campos y ciudades, eligieron las primicias, santificados por el Espíritu Santo para confiarles los cargos de Obispos y de diáconos de los futuros creyentes» (XLII).

«Supieron nuestros Apóstoles por revelación del Señor Jesús que se suscitarían querellas en razón de la dignidad episcopal, y por esa presciencia perfecta, instituyeron a los que acabamos de decir y establecieron luego la norma de que, al morir aquéllos, otros hombres probados les sucederían en el ministerio. No podemos, pues, despojarles de su dignidad a los que fueron instituidos por los apóstoles o por hombres eminentes, con la aprobación de toda la Iglesia» (XLIV).

«Obedezcamos, por tanto, a su santísimo y glorioso nombre, para no incurrir en las amenazas predichas por la Sabiduría contra los inobedientes... Aceptad nuestro consejo y no os arrepentiréis... Mas si algunos desobedecieren a las amonestaciones que por nuestro medio os ha dirigido el mismo, sepan que se harían reos de no pequeño pecado y se exponen a grave peligro» (LIX).

San Ignacio mártir

Parece inútil querer insistir.

En casi todas sus cartas repite encarecida y aun machacosamente, la obediencia y sumisión de los fieles a sus respectivas autoridades eclesiásticas.

No podemos detenernos en todas, pero es preciso mencionar el famoso pasaje de la carta a los de Filadelfia.

Estando en esta ciudad, de paso hacia Roma para su martirio, fué sorprendido en su buena fe y llevado al conventículo de unos cuantos sediciosos, rebelados contra su obispo y autoridades.

Al enterarse de lo que se trataba en él, no pudo callar sino que protestó enérgicamente, dando incluso un fuerte grito.

«Porque si es cierto, dice, que algunos quisieron engañarme, según la carne, mas el Espíritu no se extravía como quiera que procede de Dios, porque él sabe de dónde viene y a dónde va y arguye hasta lo escondido.

Así, estando en medio de ellos di un grito, clamé con fuerte voz, con voz de Dios. «Atención a vuestro obispo, al Colegio de los Presbíteros y a los diáconos». Ciertó que hubo quien sospechó que yo lo dije por saber de antemano la escisión de alguno de ellos, pero pongo por testigo a aquel por quien llevo estas cadenas, que no lo supe por hombre; fué más bien el Espíritu el que dió este pregón: «Sin el Obispo nada hagáis. Guardad vuestra carne como templo de Dios. Amad la unión; huid las escisiones. Sed imitadores de Jesucristo como también El lo es de su Padre» (VII, 1-2).

El Primado romano

Es, como bien se sabe, el punto culminante de la Jerarquía de la Iglesia.

Los católicos lo admitimos sin vacilar por una razón histórica, ante todo: San Pedro, el poseedor nato de la autoridad suprema, otorgada por el mismo Cristo, terminó su vida en la capital del Imperio con glorioso martirio; es natural, pues, que sus sucesores en aquella sede, heredaran la gran prerrogativa.

Lo aceptamos también por otro motivo evidente de razón. El Papado es una necesidad absoluta en la Iglesia. Sin él no puede darse ni unidad ni buen gobierno en toda ella, como lo están demostrando, a las claras, las mil sectas disidentes protestantes y la triste situación de los cismáticos.

¿En dónde, pues, encontrarlo?

Sólo en el Obispo de Roma.

El gran San Ireneo, cuya autoridad hemos aducido tantas veces, es en la Iglesia primitiva, el que más clara y terminantemente nos ha dejado constancia del hecho.

Recordemos el principio básico sobre el que apoya toda su argumentación contra las novedades de los herejes: *La tradición*.

«Los Apóstoles, dice, son los que recibieron la verdad evangélica de los labios mismos del divino fundador del Cristianismo. Ellos aceptaron de parte del mismo el encargo y mandato apremiante de predicar la palabra por el mundo, como lo hicieron puntualmente esparciéndose por la tierra y padeciendo infinitas penalidades...

Sólo puede ser regla de fe, por tanto, lo que ellos enseñaron de palabra o por escrito, o lo que transmitieron los primeros cristianos en las Iglesias fundadas por los mismos. A esos cristianos, a esas Iglesias hay que dirigirse para saber la verdad...

No es posible ni necesario traer las listas episcopales de todas las Iglesias apostólicas: Bástanos aducir una: la más grande y antigua y fundada por los apóstoles Pedro y Pablo: La Iglesia romana.

Los fundadores de esta Iglesia dejaron, al morir, el gobierno de ella a Lino; a éste sucedió Anacleto; el tercero en el episcopado, después de los Apóstoles, quien los vió y convivió con ellos y oyó su predicación, fué Clemente, a quien sucedió Evaristo, Alejandro, Sixto, Telesforo, Higino, Pío, Aniceto, Sotero. Finalmente Eleuterio que tiene hoy el Episcopado de Roma y es el Duodécimo sucesor de los Apóstoles...

Esta sucesión es el canal por donde la tradición de la Iglesia y el anuncio de la verdad ha llegado hasta nosotros.»

Y concluye: «la Iglesia de Roma, en consecuencia, gloriosa entre todas es la *norma a la cual todos deben sujetarse a causa de su más poderosa principalidad.*»

Bien claro es el testimonio.

El que está con la Iglesia de Roma, con su Obispo, con el Papa, está con la tradición, con la vena de la verdad derivada por sucesión pura y legítima de sus orígenes; el que de ella se aparta se aparta de la verdadera fe y cae en el error.

Los Pontífices romanos, por su parte, y las diversas Iglesias, tienen conciencia de ello. Por eso es llamado o se inmiscuye por propia autoridad, en la rebelión de la Iglesia de Corinto y le escribe su carta fuerte y autoritaria; por eso San Policarpo acude a Roma a tratar con el Papa San Sotero la cuestión de la fecha de la Pascua y, aunque es de contrario parecer, se acomoda a la decisión del Pontífice que se impone a todas las Iglesias del Asia.

VI

LAS NOTAS DE LA IGLESIA NACIENTE (II)

La caridad. — El Gran Precepto y su cumplimiento en la primitiva Iglesia. — La caridad en el paganismo. — Herculano y Pompeya.

Una de las notas que más distinguieron al Cristianismo en sus comienzos, fué la de la caridad.

El paganismo no conocía el verdadero amor al prójimo. Se amaba en él al pariente, al amigo; se amaba por simpatía, por egoísmo, pero no con el amor desinteresado cristiano; al hombre por el hombre y por Dios.

El «homo homini lupus», el hombre es un lobo para otro hombre, vigía en toda su crudeza aterradora, cubriendo con un velo trágico y feral las relaciones humanas.

Platón llegó a desterrar al pobre de su ideal república; Aristóteles afirmaba que era necesario perseguirle como a un perro sarnoso; Cicerón expresó su desprecio del mismo con aquella sangrienta frase que tan poco le acredita: «detrás de un mos-trador o en un taller, ¿puede haber algo digno?» Y Séneca, finalmente, llegó al extremo de llamar a la compasión y misericordia «una debilidad y vicio del alma».

Cristo y la caridad

El fundador del Cristianismo venía a renovar la faz de la tierra en este punto, como en tantos otros, y lo realizó plenamente.

Jamás había hablado nadie de la gran virtud en el mundo como él.

Un día estaba predicando a las turbas cuando un doctor le preguntó:

«Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna? Díjole Jesús: ¿Qué es lo que se halla escrito en la Ley?, ¿qué es lo que en ella lees? Respondió él: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente: y al prójimo, como a tí mismo. Replicóle Jesús: Bien has respondido: haz eso y vivirás. Mas él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?

Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo: Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, le cubrieron de heridas y se fueron, dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y aunque le vió, pasóse de largo; igualmente un levita y a pesar de que se halló vecino al sitio, y le miró, siguió también su camino. Pero un pasajero de nación samaritano llegóse adonde estaba, y viéndole, movióse a compasión. Y arrimándose, vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino: y subiéndole en su cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios y dióselos al mesonero, diciéndole: Cuidame este hombre; y todo lo que gastares de más, yo te lo abonaré a mí vuelta.

¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues anda, díjole Jesús y haz tú otro tanto» (Lc. X, 30 s.).

Carta magna de la caridad se ha llamado a esta parábola y nada hay, en efecto, más completo y significativo en la materia.

En ella simbolizó maravillosamente Cristo la importancia, la esencia y la extensión de la caridad. Es juntamente con el amor a Dios lo primero y más sustancial de la ley.

Consiste no precisamente en palabras ni en estériles miradas y sentimientos, sino en obras, en el ejercicio y práctica de la misericordia con el prójimo y abraza no sólo al pariente y al amigo, sino a la humanidad entera. Todos los humanos somos prójimos unos de otros; basta ser hombre, tener nuestra naturaleza, nuestra carne, para ser ya hijo de Dios y hermano nuestro, digno, por tanto, de nuestro amor. No se excluye al extranjero ni al enemigo.

El buen Samaritano no vió en el que había caído en manos de ladrones, a un judío enemigo de su religión y de su patria; vió a un prójimo, a un hombre como él y esto bastó para que se moviera a ayudarle y socorrerle.

No menos significativo y profundo es el pasaje del juicio universal. En él llega el Salvador a hacer del pobre representante especialísimo suyo y, en cierto modo, como a reencarnarse en él.

«Cuando venga, dice, el Hijo del hombre con toda su majestad y acompañado de todos sus ángeles, se sentará en el trono de su gloria y hará comparecer delante de él a todas las naciones, y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces el rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mí Padre, a tomar posesión del reino que

os está preparado desde el principio del mundo. Porque yo tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: era peregrino, y me hospedasteis: estaba desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; encarcelado, y vinisteis a verme y consolarme. A lo cual los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino, y te hospedamos; desnudo, y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y fuimos a visitarte? Y el rey, en respuesta, les dirá: En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. Al mismo tiempo dirá a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo, y sus ángeles: porque tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y encarcelado, y no me visitasteis. A lo que replicarán también los malos: ¡Señor! ¿Cuándo te vimos hambriento, o sediento, o desnudo, o enfermo, o encarcelado, y dejamos de asistirte? Entonces les responderá: Os digo en verdad: siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de estos pequeños dejasteis de hacerlo conmigo. Y en consecuencia irán éstos al eterno suplicio y los justos a la vida eterna» (Mt. XXV, 31, 3).

¡Hermosas palabras, jamás oídas en el mundo! ¡El pobre, lugarteniente de Dios!

En el fundador del Cristianismo advertimos ya desde el principio una jerarquía de valores distinta de la del mundo.

Entonces, como siempre, se estimaba entre los hombres, al rico, al poderoso, a los grandes en dignidad; por el contrario, se desdenaba al pobre, al humilde, a la turba: Cristo lo estima todo eso de opuesta manera:

«Bienaventurados los pobres, dice, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los mansos, los misericordiosos, los que padecen persecución por la justicia.»

Quiso nacer de una Madre pobre, en un establo, vivir y trabajar en un taller como hijo de un carpintero... Escogió como compañeros y confidentes a pobres y rudos pescadores; sus auditorios de predicación fueron asimismo, los humildes hijos del pueblo, los trabajadores a quienes amaba entrañablemente y de quienes entrañablemente también fué correspondido. Realizó sus grandes milagros mayormente con los desvalidos, los ciegos, los paralíticos, los leprosos... A la viuda de Naím le resucitó al hijo único, conmovido de sus lágrimas cuando le llevaban a enterrar; a las turbas, que infatigables le habían seguido tres días, les dió de comer en el desierto, compadecido de ellas; mientras condenó al infierno al rico Epulón por su inclemencia con el pobre y enfermo Lázaro.

La caridad en el Cristianismo

Es natural que los discípulos siguieran al Maestro y que su gran obra, el Cristianismo, fuera heredero de su espíritu.

Así apareció ya desde el comienzo.

Jamás se viera en el mundo una tal floración de caridad.

Dos hechos sobresalen y se imponen por sí solos: La *vida común* entre los primeros cristianos y la *perfecta solidaridad* que reinó entre ellos.

Acerca de lo primero nos dicen los *Hechos* (IV, 32 s.) estas palabras ya citadas en otra parte:

«Toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón, y una misma alma: ni había entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.

Los apóstoles con gran valor daban testimonio de la resurrección de Jesucristo, Señor nuestro; y en todos los fieles resplandecía la gracia con abundancia.

Así es que no había entre ellos persona necesitada; pues todos los que tenían posesiones o casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas, y lo ponían a los pies de los apóstoles, el cual después se distribuía según las necesidades de cada uno.

De esta manera José, a quien los apóstoles pusieron el sobrenombre de Bernabé (esto es, hijo de consolación, o consolador), que era levita y natural de la isla de Chipre, vendió una heredad que tenía, y trajo el precio, y lo puso a los pies de los apóstoles.»

No conocemos en la Historia ningún hecho semejante a éste, que parece estar aun por encima de las posibilidades de la naturaleza humana y sus apetencias y egoísmo.

Un nuevo mundo renacía, una humanidad de nuevas miras y sentimientos.

La *solidaridad* fué más notable todavía por haber sido más universal y duradera.

Es lo que más asombraba a los gentiles.

El gran amor que los cristianos se tenían mutuamente los hacía mirarse todos como de familia, pero de familia ideal con perfecta unión y ayuda recíproca.

Los judíos de la diáspora la habían tenido también con sus correligionarios, pero el Cristianismo la superó inmensamente, llevándole la ventaja, en que el socorro prestado era de corazón y con la espontaneidad y amor de hermanos.

La *hospitalidad* era una de las formas típicas y recomendadas: «acoger al hermano peregrino». La *Didaché*, lo mismo que San Pablo y todo el Nuevo Testamento, habla de ello repetidas

veces, hasta quedar grabada en la conciencia de todos como una de las más bellas obras de misericordia.

Luego, la *limosna*. El judaísmo la tenía en gran aprecio y fué predicación continua de los Profetas en contra del apego desmedido al dinero y el amor al lucro tan típico de la raza.

Pero también en esto fué superado por la nueva religión.

Los *Hechos* nos hablan de las *colectas* de Antioquía y de otros sitios para los hermanos pobres en general y particularmente para los de Jerusalén. Las diversas Iglesias tenían una caja en la que los fieles, según las posibilidades de cada uno, daban el domingo para subvenir las necesidades de los otros. San Pablo, en su carta a los Corintios (I, XVI, 12), las recomienda expresamente.

Las Iglesias ricas tenían la obligación de ayudar a las más pobres y el Apóstol insiste también en ello.

«Instad en la oración, dice a los romanos, socorred a los santos en sus necesidades» (XII, 13).

Hermosa caridad cristiana que hizo exclamar al mismo Harnack: «¡Qué continuidad de relaciones recíprocas entre las comunidades, qué unidad tan grande de corazones, qué solidaridad tan fraternal! Los subsidios en dinero ocupaban un lugar secundario al lado de los testimonios de la reciprocidad personal que unía entre sí a comunidades enteras y las hacía consolarse y auxiliarse unas a otras y compartir sus dolores y sus gozos.»

De los gentiles es la frase aplicada a los cristianos: «He ahí cómo se aman» y Juliano el Apóstata los ponía como ejemplo que los gentiles debían imitar en su generosidad y largueza en socorrer a los pobres y ayudarse mutuamente.

Surgió lo que era natural, la más espléndida y espontánea germinación de obras de misericordia que jamás se haya visto. Un río que inundó toda la tierra y la hizo cambiar de faz.

Herculano y Pompeya

Conocida es en la historia la catástrofe del epígrafe.

Eran dos ciudades florecientes, con bellas fincas de recreo, en las faldas del Vesubio, pertenecientes a la aristocracia romana.

Un día, el año 73 de nuestra era, sintieron sus habitantes, de improviso, trepidar el suelo bajo sus pies; eran los fatídicos prenuncios de una erupción, la más espantosa de su historia. Instantes después pudieron ver despavoridos, una densa y obs-

cura nube de humo, surcada de líneas rojas, que subía ininterrumpida hacia el firmamento.

Llegada a lo más alto se expandió en forma de palmera, y los miles de toneladas de lava negra que llevaba en su seno, empezaron su pavoroso descenso.

Pocos minutos bastaron para la hecatombe más tremenda.

Ambas ciudades quedaron sepultadas bajo el horrible sudario de cenizas, sin que quedara en la vasta extensión ni siquiera rastro de las mismas.

En 1748 aparecieron unas estatuas y ellas fueron el punto de partida de grandes excavaciones subsiguientes.

Removidos los estratos de lava que, en algunos sitios llegaban hasta nueve metros de espesor, aparecieron las ruinas de las ciudades infortunadas, de las que ya no se tenía ni siquiera memoria: el trazado de sus calles, el foro, muchos y grandes monumentos. Parecían sombras del pasado que se levantaban de su tumba en donde habían yacido más de quince siglos y se asomaban a la vida y civilización moderna...

Pues bien y es lo que más hace a nuestro caso. Entre los escombros removidos aparecieron termas, teatros, templos y palacios en gran número...

Una cosa faltaba, sin embargo, la huella de la beneficencia pagana: Ni un Asilo, ni un Hospital, ni una casa de Misericordia...

La cosa se presta a las más hondas reflexiones.

Si el día de hoy sucediera una catástrofe semejante, aparecerían sí en nuestras ciudades, templos, palacios y cines, pero también y en proporciones notables, monumentos de caridad y valimiento al pobre: Orfanatos, Hospitales, casas de Beneficencia.

En Herculano y Pompeya no aparecen porque sencillamente no los había.

En el paganismo era exótica la flor de la caridad.

San Juan Crisóstomo fundó en Constantinopla el primer Hospital de que se tiene memoria: imitóle el Papa y erigió varios en la ciudad eterna. Fueron los primeros impulsos que se propagaron a toda la cristiandad.

Los Lazaretos, Orfanatos, Casas de Misericordia y Beneficencia. Asilos para ancianos y para niños, Leproserías...: obras son todas de ella.

Ni nos contentemos con mirar por fuera la magnificencia de los edificios; veamos también y sobre todo, a los que los sirven: Todo un ejército de héroes y de heroínas de la religión, verdaderos ángeles de caridad, de vírgenes consagradas al servicio de

Dios en sus pobres. La lista es interminable. Hermanos de San Juan de Dios u Hospitalarios, Camilos, Hijas de la Caridad... Hermanitas de los ancianos... He aquí lo que podría constituir una magnífica exposición de la Iglesia.

¿Qué sociedad, qué institución ha hecho jamás en el mundo una centésima parte de lo que ha hecho ella por el pobre, por el desvalido, por el enfermo? *Curam illius habe*, ten cuidado de él, del pobre, del necesitado: Es la voz de Cristo que repercute continuamente en sus oídos y la alienta y le da nuevos bríos y heroísmos.

Todo lo que hay de beneficencia y caridad en la sociedad moderna, o es obra cristiana netamente, o inspirada en ella y resonancia de su espíritu.

VII

LAS NOTAS DE LA IGLESIA NACIENTE (III)

La oración. — Enseñanzas y ejemplo del Maestro. — Apóstoles y primeros creyentes.

Nada más recomendado por el fundador del Cristianismo que la comunicación con Dios, con el Padre que está en los cielos, por la oración.

De Él es la sentencia de que:

«Conviene orar siempre y nunca desfallecer» (Lc. XVIII, 9).

El enseñó hasta la fórmula de la oración, el «Padre Nuestro», la más sublime que jamás se haya pronunciado en la tierra (Mt. VI, 9).

El prescribe como disposición del alma del que ora, la humildad, la verdad sincera en contraposición de los fariseos hipócritas que oran para que les vean:

«Asimismo cuando oráis, no habéis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, al contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre, y tu Padre, que ve lo secreto, te premiará» (Mt. VI, 15 s.).

El expuso la confianza con que se ha de orar a Dios, como a verdadero Padre:

«Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y os abrirán. Porque todo aquel que pide, recibe: y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Hay por ventura alguno entre vosotros que, pidiéndole pan un hijo suyo, le dé una piedra? ¿O que si le pide un pez, le dé una culebra? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos: ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan?» (Mt. VII, 7 s.).

La insistencia en la oración nadie la ha expresado más gráfica y hermosamente que El en la incomparable parábola del huésped importuno:

«Dijoles también: Si alguno de vosotros tuviese un amigo y fuese a él a medianoche y le dijese: Amigo, préstame tres panes, porque otro amigo mío acaba de llegar de viaje a mi casa y no tengo nada que darle. Aunque aquél desde adentro le responda: No me molestes: la puerta está cerrada y mis criados están como yo acostados; no puedo levantarme a dártelos. Si el otro porfía en llamar y más llamar, yo os aseguro que cuando no se levantara a dárselos por razón de su amistad, a lo menos por librarse de su impertinencia, se levantará al fin, y le dará cuantos hubiere menester. Así os digo yo: Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y se os abrirá» (Lc. XI, 5-9).

No menos gráfica y significativa es la del fariseo y del publicano, en que tan magistralmente expone la primera cualidad que ha de tener toda oración dirigida a Dios por el hombre pecador: la *contrición* y la *humildad*.

«Dijo, asimismo, a ciertos hombres, que presumían de justos y despreciaban a los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios!, yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros: ni tampoco como este publicano: ayuno dos veces a la semana: pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo: sino que se daba golpes de pecho, diciendo: Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador. Os aseguro, pues, que éste volvió a su casa justificado, mas no el otro: porque todo aquel que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado» (Lc. XVIII, 9-14).

Ni enseñó sólo con la palabra el gran Maestro, sino que precedió con el más cumplido ejemplo.

Nadie más piadoso que El en su comunicación con el Padre.

Antes de comenzar su vida pública se retira al desierto, en donde permanece por espacio de 40 días entregado a la oración y al ayuno, práctica que repite durante todo su ministerio, pues es frecuente en El, como lo vemos en el evangelio, acudir a la soledad, a la paz de los montes y lugares solitarios para pasar la noche en la oración (Lc. VI, 12).

Los más grandes acontecimientos de su vida se realizan cuando ora.

El día de su bautismo en el Jordán descende sobre El el Espíritu Santo en forma de una paloma que se le posa encima mientras está absorto en la oración al Padre y se oye la voz del cielo que dice:

«Este es mi Hijo muy amado en quien tengo puestas mis complacencias» (Mt. III, 17).

La escena se repite aún más solemne en el Tabor, a donde ha subido a orar con los tres apóstoles (Mt. XVII, 15 s.). Pero, sobre todo, en la última Cena.

¡Página incomparable y conmovedora ésta!

Antes de partir para la pasión y la muerte, en los momentos más trágicos y de mayor opresión de espíritu en su vida, es la oración, la comunicación con el Padre, el tónico que le fortifica y alienta.

Es el Sumo y eterno Sacerdote y va a entrar en el punto culminante de su Sacrificio. Pero se acuerda, con entrañable amor de los suyos y dirige su emocionante oración sacerdotal:

«Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre la hora es llegada: Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a Ti: pues que le has dado poder sobre todos los hombres para que dé la vida eterna a todos los que me has señalado...

«Por ellos ruego yo: no ruego por el mundo, sino por éstos que me diste: porque tuyos son: y todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías y en ellos he sido glorificado. Yo ya no estoy más en el mundo, pero éstos quedan en el mundo: yo estoy de partida para ti. ¡Oh Padre santo!, guarda en tu nombre a éstos que tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa por la caridad, así como nosotros lo somos en la naturaleza. Mientras estaba yo con ellos, yo los defendía en tu nombre. Guardado he los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de la perdición, cumpliéndose así la Escritura. Mas ahora vengo a ti: y digo esto estando todavía en el mundo, a fin de que ellos tengan en sí mismo el gozo cumplido que tengo yo. Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Ellos no son del mundo, como ni yo tampoco soy del mundo. Santifícales en la verdad. La palabra tuya es la verdad, así como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo. Y yo por amor de ellos me sacrifico a mí mismo, con el fin de que ellos sean santificados en la verdad» (In. XVII, 1-19).

Después del gran acto del Cenáculo sale afuera, camino de Getsemaní, al Huerto de los Olivos, al que acudiera frecuentemente y allí, de rodillas y aun postrado su rostro en tierra, ora durante una hora mortal, en medio de las más horrendas luchas de espíritu que le hacen sudar sangre, pero también con la resignación más heroica:

«Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc. XXII, 41). ...

Finalmente, muere en la cruz, después de tres horas de agonía y las últimas palabras que sellan sus labios son de oración:

«Y Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, y diciendo esto expiró» (Lc. XXIII, 46).

Los Apóstoles y la primitiva Iglesia

Era natural que los Apóstoles siguieran las normas y directrices del Maestro.

La oración es también el arma y la práctica ordinaria de la naciente Iglesia.

Nos dicen los *Hechos* (I, 12 s.) que descendidos del monte de los Olivos todos cuantos habían presenciado la Ascensión del Salvador, entraron en la ciudad y subieron a una habitación alta... (el Cenáculo), en donde animados de un mismo espíritu perseveraban juntos en la oración con las mujeres y con María la madre de Jesús y sus parientes».

Pocos días después quieren completar el número de los doce llenando el vacío que dejara el traidor Judas y propuestos los dos candidatos, Barsabas y Matías,

«haciendo oración, dijeron: ¡Oh Señor!, tú que ves los corazones de todos, muéstranos cuál de estos dos has destinado a ocupar el puesto de este ministerio, y apostolado, del cual cayó Judas por su prevaricación para irse a su lugar» (Act. I, 24.25).

La institución del Diaconado no sólo la hacen con la oración, sino que se propone para que ellos, los Apóstoles, queden más libres para poderse dedicar a la *oración* y a la predicación de la palabra (Act. VI, 1, 3).

«Todos los discípulos asistían con asiduidad al templo, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón alabando a Dios en medio del favor general del pueblo» (Act. VI, 14).

Pedro es liberado milagrosamente de la cárcel y de la muerte mientras:

«La Iglesia incesantemente hacía oración por él» (Act. XII, 5).

Y realiza los grandes prodigios en Jope y en Lida, la curación de Eneas el paralítico y la resurrección de Tabita, orando postrado de rodillas.

En la actuación del Apóstol de las gentes vemos también el mismo recurso a Dios.

El encarga a los fieles que perseveren e insten en la oración:

«Perseverad, dice a los Colosenses (IV, 2-4), en la oración, velando en ella y acompañándola con acciones de gracias: orando juntamente por nosotros, para que Dios nos abra la puerta de la predicación, a fin de anunciar el

misterio de Cristo (por cuya causa estoy todavía preso), y para que yo le manifieste de la manera con que debo hablar de El.»

A los romanos les afirma que ruega incesantemente por ellos:

«Dios, a quien sirvo con todo mi espíritu en la predicación del evangelio de su Hijo, me es testigo de que continuamente hago memoria de vosotros pidiéndole siempre en mis oraciones que, si es de su voluntad, me abra finalmente algún camino favorable para ir a veros» (I, 9).

Reclama las oraciones de sus hijos en la fe (Rom. XV, 30; II Cor. I, 11; Fil. I, 19; Tesal. V, 25) y promete las suyas (Efes. I, 16).

Especialmente la encarga a los pastores espirituales (Col. I, 3, 9; II Tes. I, 11). Quiere que se ruegue por los reyes y príncipes aun idólatras (I Tim. 11, 12), lo mismo que por los perseguidores, como lo hiciera Cristo en la Cruz y San Esteban en su martirio (Rom. XII, 14; Mt. V, 44; Act. VII, 60).

Idéntica ideología y práctica vemos en

Los Padres Apostólicos

Dos son las cualidades que especialmente caracterizan su oración: la humildad y la Catolicidad.

Leemos en la *Didaché*:

«Tampoco debéis orar a la manera de los hipócritas, sino tal como el Señor lo mandó en el evangelio así oraréis:

«Padre nuestro que estás en el cielo — Santificado sea tu nombre, — Venga tu reino, — Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. — El pan nuestro de nuestra subsistencia — dánosle hoy y perdónanos nuestra deuda — así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores y no nos llesves a la tentación, — mas líbranos de mal; porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.»

«Acuérdate, Señor, de tu Iglesia para librarla de todo mal y hacerla perfecta en tu amor, y reúnela de los cuatro vientos santificada en el reino tuyo que has preparado, porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.»

«Como este fragmento (de pan) estaba disperso sobre el monte y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por Jesucristo eternamente» (VIII, X, IX).

De San Policarpo nos cuenta su *Martyrium* este encantador y sublime pasaje del que ya hicimos mención:

«Retírase, pues, a una finca que no distaba mucho de la ciudad y allí pasaba el tiempo con unos pocos fieles, sin otra ocupación, día y noche que orar por todos, y señaladamente por las Iglesias esparcidas por toda la tierra, cosa que, por lo demás, tenía siempre de costumbre» (V)



ORANTE CRISTIANO CON LOS BRAZOS TENDIDOS

(Catacumbas de Domitila, siglo IV)

Y más abajo :

«Conociendo, pues, por el ruido que oía, que habían llegado sus perseguidores, descendió y se puso a conversar con ellos... Él les rogó, por su parte que le concedieran una hora para orar reposadamente. Permitiéronsele ellos, y así puesto en pie, se puso a orar tan lleno de la gracia de Dios que por espacio de dos horas no le fué posible callar. Estaban maravillados los que le oían y aun los que venían por él sintieron remordimiento de haber venido a prender a un anciano tan santo» (VII).

Terminemos con

Dos cuestiones complementarias

¿Cuál era la posición propia del cristianismo primitivo en la oración y con qué frecuencia oraba?

La *posición* ordinaria era la tradicional y antiquísima en el pueblo judío: de pie, con la cabeza descubierta los hombres y velada las mujeres, los ojos clavados en el cielo y elevadas las manos hasta la altura de los ojos con las palmas vueltas al exterior.

De esta postura nos hablan varias veces las letras Sagradas.

Tal fué la de Moisés cuando subió al monte a orar por el pueblo que peleaba con los amalecitas (Éxodo XVIII, 11-13). Cuando él tenía levantadas las manos al Señor vencían los suyos, mientras que por el contrario, eran vencidos cuando las bajaba.

Así oró Jesús también, «levantadas las manos, y puestos los ojos en el cielo», el día de la multiplicación de los panes (Mc. VI, 41 y Lc. IX, 16); así en la resurrección de Lázaro (In. XI, 41), y en la noche de la última Cena en su oración Sacerdotal (In. XVII, 1).

A veces se cambia la posición de los brazos extendiéndolos en forma de cruz a imitación de Cristo en el momento sublime de la redención del mundo.

A este respecto dijo Tertuliano (*De Orat.*, c. XIV):

«Nosotros no sólo levantamos las manos sino que las extendemos también imitando la actitud del Señor en la Pasión.»

La segunda postura era de mayor humillación y reverencia: *hincadas las rodillas en el suelo*:

De esta manera dice el libro II de los Reyes (VIII, 22) que oró el Rey Salomón, ante el altar del Señor en la inauguración del gran templo de Jerusalén, lo mismo que Esdras (I, IX, 5) «llorando las transgresiones de su pueblo» y Jeremías en sus

lamentaciones (I-17). Ésta fué la postura de San Pedro en la resurrección de Tabita (Act. IX, 36) y la del mismo divino Redentor en el Huerto de los Olivos:

«Y apartándose de ellos como la distancia de un tiro de piedra, hincadas las rodillas hacía oración diciendo: Padre mío; si es de tu agrado aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc. XXII, 41, 42).

La *tercera* reviste ya los caracteres de trágica: Postrado en el suelo con el rostro en tierra.

Era la posición especial de los penitentes y se adoptaba, por lo común, en los momentos más decisivos y angustiosos para implorar más eficazmente la misericordia divina.

Así oró Judit antes de su gloriosa hazaña de la muerte de Holofernes (Jud. IX, 1), así Daniel (IX, 18), así Tobías (XII, 22), así los Macabeos (II, X) y así también y, sobre todo, el Hijo de Dios en el Huerto, cuando arreciando más el terror y la agonía, cambió la primera postura de rodillas y se prosternó:

«Entretanto, llegó Jesús con ellos a una granja llamada Getsemaní, y les dijo: Sentaos aquí, mientras yo voy más allá y hago oración. Y llevándose consigo a Pedro y a los dos hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, empezó a entristecerse y angustiarse. Y les dijo entonces: Mi alma siente angustias mortales; aguardad aquí y velad conmigo.

Y adelantándose algunos pasos, se postró en tierra caído sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase lejos de mí este cáliz» (Mc. XIV, 22).

¿En qué tiempos y con qué frecuencia oraban los cristianos?

La *Didaché* no suministra sobre este particular más que palabras generales:-

«Así oraréis tres veces al día» (VIII, 3).

Pero esto se ha de entender como tasa mínima, pues siempre quedaba en pie la recomendación del Maestro, de la frecuencia y aun asiduidad en la misma:

«Conviene orar siempre y nunca desfallecer.»

Ya desde el comienzo de la Iglesia, el fervor cristiano introdujo la costumbre de consagrar a Dios las primicias del día, esto es, desde el canto del gallo hasta el amanecer y luego al final de la jornada, a la puesta del sol y venida del crepúsculo. Prudencio tiene un precioso himno para recitarlo «al canto del gallo» y otro «a la mañana» que la Iglesia ha incorporado a su Liturgia: lo mismo también dos, «para cuando se encienden las lámparas» y «para antes del sueño».

Fueron las dos fechas fundamentales y se llamaron más tarde *maitines* y *vísperas*.

Los rezos se fueron ampliando después considerablemente.

Algunos fieles, dice el P. García Villada, recordando que Daniel oraba tres veces al día (Dan. VI, 2), que los Apóstoles se reunieron el día de Pentecostés a la hora de tercia, que San Pedro subió a orar al piso superior de la casa de su huésped en Jope, a la hora de sexta y que, a la de nona, acudieron Pedro y Juan al templo por lo mismo (Act. II, 15), aconsejaron a los fieles a que imitaran esta costumbre.

Al fin, las Constituciones apostólicas prescribieron al cristiano orar al romper el alba, hora *prima* y a las horas *tercia*, *sexta* y *nona*, esto es a las nueve, doce y tres de la tarde.

Ya se ve aparecer aquí en germen, el oficio divino que, aceptado primero por los monjes y ascetas había de imponerse, más tarde, como obligatorio a todo el clero.

Además de los rezos privados de los fieles hechos individualmente o en el seno de la familia, se celebraban otros públicos. Eran verdaderos oficios divinos diurnos y nocturnos en los templos y se celebraban en común los domingos, miércoles y viernes, además de las fiestas del año.

En el siglo iv se introdujo en la Iglesia de Milán, en tiempo de San Ambrosio el canto sagrado que tanto emocionaba y hacía derramar lágrimas a San Agustín y que pronto se propagó por toda la Iglesia, de occidente, dando increíble atractivo y aumentando el gusto y devoción al culto y funciones sagradas.

He aquí cómo nos cuenta el Santo, en sus *Confesiones*, el episodio que dió origen al mismo.

Eran los días de su conversión y dice:

«Cuánto lloré en vuestros himnos y cánticos frecuentemente conmovido por las voces de vuestra Iglesia que suavemente cantaba. Entraban aquellas voces en mis oídos y vuestra verdad se derretía en mi corazón, y con eso se inflamaba el afecto de piedad y corrían las lágrimas y me iba bien con ellas.»

«No mucho antes, continúa, la Iglesia de Milán había comenzado a celebrar esta manera de consolación y exhortación con gran entusiasmo de los hermanos que cantaban con las voces y con los corazones.

Ello fué un año antes o poco más.

Justina, madre del Emperador Valentiniano todavía niño, perseguía al varón vuestro Ambrosio por causa de su herejía con que le habían reducido los arrianos. Velaba el pueblo piadoso en la Iglesia dispuesto a morir con su Obispo vuestro siervo. Allí mi madre y sierva vuestra, la primera en la solicitud y en las vigiliass, vivía de oraciones. Nosotros todavía tibios sin el calor de vuestro espíritu, nos sentíamos, sin embargo, conmovidos, viendo la ciudad atónita y turbada. A esta sazón, para que el pueblo no se consumiera de tedio y de tristeza, se instituyó que los fieles cantaran himnos y salmos, según la costumbre de las regiones orientales, práctica conservada desde entonces hasta ahora, imitándola ya muchas y casi todas las Iglesias por lo restante del mundo» (Libr. IX, cc. 6 y 7, nn. 14 y 16).